

Liminales II

Antología de cuento fantástico,
terror y ciencia ficción

Enid Carrillo ♦ Jovany Cruz
COORDINADORES



CASAFUTURA
EDICIONES

Aldo Rosales Velázquez ♦ Priscila Rosas Martínez ♦
José Luis Barrera Ruiz ♦ Daniel Centeno ♦ Efraím
Blanco ♦ Manuel Mörbius ♦ Joaquín Filio ♦ Raquel
Hoyos ♦ Renata Uribe ♦ Leopoldo Orozco ♦ Gabriel
Rodríguez Liceaga ♦ Ana Luisa Chapa ♦ Damián
Neri ♦ Víctor Manuel Celaya Canto ♦ Belem Eslava
♦ Gustavo Gargallo ♦ Carmen Macedo Odilón ♦
Xóchitl Lagunes ♦ J. P. Medina

El universo que conforma *Liminales II. Antología de cuento fantástico, terror y ciencia ficción*, se entreteteje en un caleidoscopio de imágenes y emociones, resultado de la pluma de diecinueve escritoras y escritores de México. Esta colección de cuentos explora la ficción especulativa desde distintos rincones del país, desde las costas hasta las montañas, los bosques y las ciudades. En las historias contenidas aquí, lo ominoso contrasta con lo sublime, lo diminuto con lo inconmensurable, y la luz se hilvana con la oscuridad para tejer las visiones de quienes escriben en esta antología.

Esta selección de diecinueve miradas nos muestra que la realidad es sólo una pequeña parte de la complejidad del universo que habitamos y que, a través de la literatura, podemos explorar y descubrir nuevas posibilidades

ISBN: 978-607-99186-8-2



COLECCIÓN
NARRATIVA

LIMINALES II

**Antología de cuento fantástico,
terror y ciencia ficción**



Liminales II. Antología de cuento fantástico, terror y ciencia ficción

Primera edición, marzo de 2023

© 2023, por los textos identificados en interiores: Aldo Rosales Velázquez, Priscila Rosas Martínez, José Luis Barrera Ruiz, Daniel Centeno, Efraím Blanco, Manuel Mörbius, Joaquín Filio, Raquel Hoyos, Renata Uribe, Leopoldo Orozco, Gabriel Rodríguez Liceaga, Ana Luisa Chapa, Damián Neri, Víctor Manuel Celaya Canto, Belem Eslava, Gustavo Gargallo, Carmen Macedo Odilón, Xóchitl Lagunes, Jonatan Pável Medina Rodríguez

© 2023, Brenda P. Ibarra, ilustración de portada

© 2023, Erick Jovany Cruz Flores

CASA FUTURA EDICIONES

Santa Natalia 968, La Providencia Siglo XXI,

Mineral de la Reforma, Hidalgo, México, C.P. 42186

www.casafuturaediciones.com

hola@casafuturaediciones.com

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Enid Carrillo y Jovany Cruz.

ISBN: 978-607-99186-8-2

Queda autorizada la reproducción de este libro de forma parcial o total por cualquier medio, siempre y cuando sea sin fines de lucro y se acredite la propiedad intelectual de los autores y de la editorial. Las características de diseño, composición y formato, son propiedad de la editorial.

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

LIMINALES II

Antología de cuento fantástico, terror y ciencia ficción

Enid Carrillo / Jovany Cruz

COORDINADORES

Aldo Rosales Velázquez ♦ Priscila Rosas Martínez ♦ José Luis Barrera Ruiz ♦ Daniel Centeno ♦ Efraím Blanco ♦ Manuel Mörbius ♦ Joaquín Filio ♦ Raquel Hoyos ♦ Renata Uribe ♦ Leopoldo Orozco ♦ Gabriel Rodríguez Liceaga ♦ Ana Luisa Chapa ♦ Damián Neri ♦ Víctor Manuel Celaya Canto
♦ Belem Eslava ♦ Gustavo Gargallo ♦ Carmen Macedo Odilón
♦ Xóchitl Lagunes ♦ J. P. Medina

CASAFUTURA
EDICIONES

APERTURA

El universo que conforma *Liminales II. Antología de cuento fantástico, terror y ciencia ficción*, se entreteteje en un caleidoscopio de imágenes y emociones, resultado de la pluma de diecinueve escritoras y escritores de México. Esta colección de cuentos explora la ficción especulativa desde distintos rincones del país, desde las costas hasta las montañas, los bosques y las ciudades. En las historias contenidas aquí, lo ominoso contrasta con lo sublime, lo diminuto con lo inconmensurable, y la luz se hilvana con la oscuridad para tejer las visiones de quienes escriben en esta antología.

Las autoras y autores de *Liminales II* han creado un universo propio que deslumbra, conmueve, inspira y asombra. Para dar un sentido de orden, la propuesta de índice comienza en una etapa de negación que atraviesan los personajes. Conforme avanzamos en la lectura, nos topamos con la ira y la depresión para, finalmente, acompañar a los personajes en el camino hacia la aceptación ante sus conflictos y a dar un salto de fe que podría liberarlos.

Esta selección de diecinueve miradas nos muestra que la realidad es sólo una pequeña parte de la complejidad del universo que habitamos y que, a través de la literatura, podemos explorar y descubrir nuevas posibilidades. Con este segundo volumen, ya son treinta y siete voces las que conforman el mapa del proyecto «Liminales», y que esperamos se sigan sumando más en un futuro cercano.

Jovany Cruz

NÚMERO DESCONOCIDO

Aldo Rosales Velázquez

Jimena se deja caer por el tobogán y desaparece en una marea de pelotas de colores. Lo primero que hace al incorporarse es buscar a su padre con la mirada. Omar levanta la mano. Ella se tranquiliza y corre a formarse nuevamente. Yo siento un rasguño en el cuello, uno profundo. Me presiono el área con la mano derecha. Como Omar sigue viendo a Jimena, no nota mi cara que, más que de dolor, es de molestia. Subo el cuello de la prenda.

—¿Está mal si te digo que lo primero que hice, cuando me regresaron el teléfono, fue revisar con quién hablaba Elena?

Miro a Omar y siento que de un momento a otro él dejará de ver hacia el tobogán y va a clavar sus ojos en los míos para decirme que ya lo sabe, pero no. Jimena, antes de subir por la escalera, voltea otra vez hacia donde estamos, como si tuviera miedo de que su padre también desaparezca de repente.

—Todo normal —continúa— pero había una conversación que no me gustó.

Vuelvo a sentir miedo: creo que lo sabe. Jimena sale de entre las pelotas de colores y, otra vez, lo primero que hace es buscar a su padre: parece que se le ha quedado el miedo de que parpadee y ya su vida sea otra. Las marcas en sus piernas y brazos se están borrando, pero aún son visibles, incluso desde esta distancia. Los que no saben, dicen que fue un milagro que sobreviviera con apenas unos rasguños.

—Me dio miedo descubrir que se trataba de una aventura, pero terminé abriendo la conversación. Pudo más la curiosidad, aunque digan que termina por matarte.

Me muestra el teléfono y quiero preguntarle cómo logró desbloquearlo, pero me parece de mal gusto y, además, puede

más su curiosidad que el dolor: ni siquiera parece que le due-
la lo sucedido. El primer mensaje, dirigido a un número no
registrado, es de un año atrás: Elena escribió que el depósito
ya estaba hecho; adjuntaba fotografía del comprobante. El
siguiente era de tres meses después. Elena puso «creo que vol-
vió». Después, más fotos de depósitos. Omar lee los mensajes
por encima de mi hombro.

—Creí que hablaba de mí —se detiene un momento—, por
el año que estuvimos separados, pero no. Todo luce extraño así,
¿no te parece? Como que algo falta. Después me di cuenta: si
faltaban mensajes, era porque se llamaban por teléfono.

Jimena, al borde del tobogán, se queda mirando a ningún
lado, luego voltea al piso, como cuando llegas de visita y la
mascota de la casa se escurre entre tus piernas. Un niño choca
con ella. Omar toma el teléfono de mis manos y me muestra
el registro de llamadas: todas son de ese número, no hay
ningún otro.

—Fotografías del depósito y las llamadas. Pero —me
regresa el teléfono y me pide que siga bajando— un día antes
del accidente, Elena mandó un video a ese mismo número.

El ruido de la plaza no me deja escuchar el video y Omar
me da su manos libres: Jimena está en una recámara. No veo
nada extraño, pero unos segundos después ella grita y se lleva
la mano al cuello. Después las cortinas se agitan y se oye algo
moverse por fuera de la casa. El video termina cuando Elena,
después de asomarse a la ventana y descubrir un patio vacío,
camina hacia Jimena y le encuentra una marca en el cuello, algo
como un rasguño. «Mira», dice, «ve la marca. No se ve nada
allá afuera, pero se escucha». Busco alguna otra explicación,
pero parece no haberla. Además, ese sonido es inconfundible:
nada más en este mundo puede producirlo.

Jimena viene hacia nosotros y le pide a Omar que la lleve
al baño: en su muslo izquierdo hay una línea roja, profunda,
de la que sale un poco de sangre. «Es un poco distraída», me

dice. Sigue sin entender. Antes de volver a reproducir el video, copio el número en mi teléfono. Después del video, los mensajes vuelven a ser fotografías de depósitos, a excepción de los últimos dos: una dirección y un par de palabras. «El viernes 10, a las 7». Miro mi reloj: son las 6:30 y la dirección corresponde a esta plaza: Omar me pidió que nos viéramos aquí para no estar solo cuando, según él, llegue al fondo de todo esto. No pasará porque, como hace años, se niega a ver.

Después de unos minutos, vuelve con Jimena de la mano y vamos a rentarle un caballete y pinturas. La niña me mira y le digo lo bien que le queda la bata de cuadritos que le han puesto. «Es tu tío, saluda», le dice Omar, pero ella no me había visto antes y parece tenerme miedo. Omar le insiste, pero le digo que no se preocupe. Le sugiero esperar a Jimena en el área de comida, desde donde podemos observarla.

—Perdónala, no te conoce. Y perdóname también por haberme venido sólo para hablar de esto. Tenemos años sin vernos y yo salgo con estas cosas.

Le digo que no se preocupe. Calculamos los años que llevamos sin vernos y se da cuenta de que la última vez que nos vimos Jimena aún no nacía; fue antes de que me mudara por el trabajo. Las piezas están ahí, al alcance de su mano, pero se niega a ver.

—Le estuve dando vueltas al asunto. Quise llamar al número y preguntar qué estaba pasando, pero no me pareció buena idea. Ya sabes, como esos códigos de seguridad que, con una vez que falles, se bloquean para siempre. No podría con eso. Necesito saber.

Jimena mezcla pinturas bajo la supervisión de una muchacha. Nos saluda y Omar le dice, con un gesto, que continúe. Sigo con el teléfono en la mano y ahora no me quedan dudas de nada. Calculo cuánto habrá perdido Elena y pienso en lo estúpida que fue, pero quizá sólo eso se le ocurrió. Me pesa que haya tenido que pasar por todo eso sola: debí estar ahí, era

mi obligación. Estoy seguro de que quiso decírselo a Omar, pero él no sabe escuchar: ni siquiera se dio cuenta de que era la segunda vez que alguien le contaba esa historia. Si Omar me hubiera escuchado cuando éramos niños, si me hubiera creído cuando le conté lo que me pasaba, ahora sabría de qué hablaba Elena y qué clase de persona está detrás de ese número y esos depósitos. Pero esa gente, a pesar de creer que comprenden lo que otros no, no puede arreglar nada: yo también busqué su ayuda alguna vez. Es inútil.

—¿Tú qué opinas? —me interroga con preocupación.

Le digo que no sé qué creer y nos quedamos callados un buen rato, viendo a Jimena pintar. «¿No te aburres de vestirme con esas playeras?», bromea para aligerar el ambiente, señala con la cabeza mis mangas largas y el cuello de tortuga en un día francamente caluroso. Le respondo que hay cosas que no van a cambiar. «Te sigues haciendo esas marcas, ¿verdad?». Jimena está dibujando un animal tan grande como una casa. «¿Es un perro o un gato?», pregunta Omar apretando los ojos para ver mejor. «Un gato», respondo con seguridad, pero apenas me hace caso. Ahí tiene la respuesta o, por lo menos, lo más cercano a eso, pero se niega a ver.

Jimena nos mira y vuelve a saludar. La muchacha que ayuda a los niños a pintar se acerca, se inclina un poco y señala el dibujo, parece preguntarle qué dibuja. Jimena se lleva una mano a la cara y grita, la muchacha mira preocupada a todos lados, levanta las manos. Omar me da el teléfono y corre hacia Jimena. Yo aprovecho para ir al baño a marcar el número que copié del teléfono. Un hombre contesta, yo le digo que la cita se cancela y, si no vuelve a llamar y bloquea el número de Elena, depositaré lo de tres entregas. «Está bien», dice antes de colgar, «sólo tenga mucha fe». Antes de salir del baño, escucho como si algo rasguñara en la puerta, pero sé que del otro lado no hay nada. Nada visible.

Cuando vuelvo, Omar le está revisando a Jimena el rasguño en la mejilla. La muchacha sigue disculpándose y diciendo que no sabe qué pasó. «Es un poco distraída», dice Omar, «siempre tiene rasguños». Es así: nadie cree, prefieren hallar cualquier explicación o no hallar una. Le digo a la muchacha que está bien, que no pasa nada, y le sugiero a Omar que vayamos a comer algo, para distraernos. Jimena no puede dejar de llorar del todo, aunque Omar casi no le presta atención: mira hacia su reloj y después hacia las dos entradas de la plaza. Luce desesperado y creo adivinar que no ha desechado del todo su teoría de la infidelidad de Elena, por eso está más ciego que de costumbre. Le limpio las lágrimas a Jimena y veo sus ojos. Elena nunca me dijo nada, pero no tengo dudas. Cuando dan las siete y cuarto, veo a Omar tentado a marcarle a quien esté del otro lado de ese número, pero se contiene. Le digo que podría tratarse de un psicólogo.

—¿Y el video? ¿Y eso de «ha vuelto»? —pregunta escéptico. Le aseguro que podría tratarse del miedo porque, claro, ese siempre vuelve, no importa qué lo provoque.

Omar parece recordar que tuvieron problemas los últimos meses. Quizá los hechos se le amontonaron en la mente de un solo golpe y lo han aturdido, porque ya no dice nada. No es para menos. Aunque trágico, es sencillo: hace dos semanas su mujer no vio un tráiler lleno de autos cuando venía de recoger a Jimena. Todo cuadra: los rasguños de la niña ni siquiera despertaron el interés de nadie; eran normales en un accidente así. Elena estaba llena de ellos, según me contó Omar cuando me llamó para decirme lo que había pasado. Debió ser eso lo que la hizo perder el control, pero todos creen que más bien fueron consecuencia del choque. No sería raro. Ahora Omar está triste, no preocupado. Le pido que lo olvide, que un buen comienzo es borrar esa última conversación. «Después de todo», agrego, «no es lo que temías al principio».

Damos una vuelta por la plaza. Después de unos minutos, Jimena accede a darme la mano con la que no aferra a su papá. Sugiero que entremos a la tienda de mascotas y, cuando pasamos junto a la jaula de los gatos, Jimena nos aprieta con fuerza y se encoge. Omar me dice que quizá sería buena idea comprarle uno. «¿No viste el dibujo que estaba haciendo?», me pregunta. Prefiero no contestar nada: sigue sin entender cuando alguien pide su ayuda. Compró cuatro ratones blancos y una jaula. Le digo a Jimena que dos son suyos. «Para que lo pongas junto a tu cama», le digo. Pido el par restante en una caja.

—¿Sigues comprándolos? Nunca supiste cuidarlos —comenta Omar rumbo a la salida—, siempre se «te morían» a las dos semanas o algo así, ¿te acuerdas?

El tono de su voz me deja ver que sigue creyendo que era yo quien mataba a los ratones y que, por lo tanto, también era yo el responsable de las marcas en mi piel. Quizá eso fue lo que nos separó poco a poco: que él me creyera capaz de hacerle algo así a esos pequeños animales y, tal vez, a cualquier otro ser vivo. Nunca entendió para qué los compraba, jamás notó que cuando comencé a comprar ratones las marcas disminuían. Tengo la esperanza de que ahora al menos eso notará. Por el bien de Jimena. Le insisto a ella que los coloque junto a su cama: eso parece distraerlo un poco, a veces.

Los acompaño hasta su auto y quedamos en mantener el contacto. Le recuerdo a Jimena lo de colocar la jaula junto a su cama. Omar me agradece el haberlo escuchado. Sé que no dejará el asunto con tanta facilidad; a final de cuentas, no está equivocado en lo que busca, pero no está haciendo las preguntas correctas. «Te quiero confesar algo», le digo antes de que arranque. Pasan los segundos y no digo nada, él luce un poco desesperado. ¿Entendería, ahora sí, si lo explico? No lo de Elena, lo otro. Podría mostrarle el video una vez más y explicárselo, paso a paso, hacerle notar que ahí sucedió algo

raro, pero no entendería. «Los quiero», respondo cuando me pregunta de qué se trata todo.

Al subir a mi auto por fin me puedo quitar el suéter. Los rasguños de los brazos ya están sanando, pero el del cuello se ve fresco y muy abierto, me duele. Muevo el retrovisor para mirarme la herida y noto que está ahí. Coloco la caja con los ratones en el asiento trasero y arranco para no escuchar: el ruido que hace con ellos es lo único a lo que no me acostumbro.

Aldo Rosales Velázquez (Ciudad de México). Coordinador del Taller de Creación Literaria del FARO Indios Verdes y del Taller de cuento en línea de El Péndulo. Premio Nacional de Crónica Joven Ricardo Garibay 2018 y Premio Nacional de Novela Jorge Ibarguengoitia 2022. *Foley* (FOEM, 2021, mención honorífica en el Certamen de Cuento Laura Méndez de Cuenca), es su libro más reciente.

¿PODEMOS PEDIR MÁS SODA?

Priscila Rosas Martínez

Papá no escuchó. Miraba muy concentrado hacia algún punto al otro lado de la sala, repleta de cuerpillos sudorosos que corrían de un extremo a otro, con la espalda encorvada y los brazos sumidos entre las piernas. La mesa en la que estaban sentados era muy bajita para él, por lo que tenía que sacar las rodillas por el lateral. A Hilda, en cambio, le quedaba a la altura perfecta para sentir que se veía igual que los adultos en el mobiliario a su medida. Era lenta para comer, pero se había acabado la bebida y no se le antojaba lo que restaba de la hamburguesa sin bebida.

—Papá, ¿podemos pedir más soda? —repitió, esta vez tirándole de la manga.

Su padre volteó a verla parpadeando, como si hubiera olvidado por un momento dónde se encontraban. Le estudió los cachetes embarrados de ketchup, los labios pintados por el refresco de naranja, los ojos negros que le devolvían la mirada con curiosidad.

—Sí, mi cielo, claro que sí —respondió después de un rato. Se levantó de su asiento y desapareció detrás de la salida de la zona infantil, camino hacia el mostrador.

Para pasar la espera, Hilda también se separó de la mesa y se encaramó a la estructura de plástico en medio de la habitación. El laberinto de escalones, colchonetas y toboganes de colores era su lugar favorito en el mundo, con todo y el olor a saliva, papas fritas y de vez en cuando a pipí. Al subir hasta la parte más elevada y asomarse por el mirador transparente, se sentía como una princesa saludando desde lo alto a los otros niños, buscando la mirada de Mamá o Papá para que le tomaran

una foto. Las amistades que formaba dentro de los corredores cúbicos siempre eran las más reales, porque no necesitaban darse el nombre ni la edad ni preguntarse el color favorito, bastaba con aliar la imaginación y divertirse hasta que la voz de algún padre o madre anunciara que a alguien se le acababa el tiempo.

En esa ocasión, se entretuvo con otra niña jugando a la nave espacial. Ya llevaban rato de haber aterrizado en la Luna, justo se preparaban para ir al baile de los marcianos cuando la mamá de su compañera la llamó y ésta tuvo que irse. Entonces Hilda se dio cuenta de que había pasado demasiado tiempo dentro de los juegos y tal vez Papá la estaría esperando. Bajó lo más rápido que pudo.

En la mesa no encontró a nadie. Se sentó y mordisqueó sin ganas la hamburguesa ya fría, mientras observaba a las demás familias. Aunque la mayoría de las infancias iba nada más con la madre, había quienes estaban ahí con ambos padres. Hilda sintió celos de esos niños, porque ella deseaba con todas sus fuerzas que su papá y su mamá también estuvieran juntos. No quería tener que ver a veces a uno, a veces a otra; quería que fueran una familia como las que aparecían en los libros ilustrados o las caricaturas, de esas que tienen perros y hacen picnics en los parques.

Luego de un rato que le pareció larguísimo, Papá volvió con el refresco. Se acomodó en el asiento y le pasó el vaso sin decir nada, tallándose después los ojos con el dorso de la mano. Tenía la cara pálida y la punta de la nariz rosa. De seguro pensaba que no se le notaba, pero Hilda se dio cuenta. Siempre se daba cuenta. Él lloraba todo el tiempo, a escondidas, aunque no era muy bueno para esconderse; en varias ocasiones su hija lo había escuchado en los baños, en las trastiendas, detrás de los árboles, incluso una vez manejando el auto, cuando ella se hizo la dormida en el asiento del copiloto. Era así cada que

iba por ella y la llevaba a algún lado, no había excepción. Hilda no conocía la causa, pero no quería preguntar porque tenía la sensación de que Papá se sentía mejor creyendo que su llanto era un secreto.

Al terminar de comer, la niña le pidió más tiempo para jugar, pero él no accedió.

—Es hora de regresarte —le dijo—. Ponte los zapatos.

Durante el trayecto en carro, Hilda iba contándole sobre sus aventuras espaciales con la nueva amiga de los juegos, a la cuál no le sabía el nombre pero sí el planeta preferido. Papá se reía de vez en cuando, despacito, con ambas manos apretando el volante y sin despegar jamás la vista del frente.

Hilda lo amaba mucho, pero tenía que admitir que era más divertido salir con Mamá. Ese mismo día la había llevado al cine, habían visto una peli sobre unos monitos amarillos que ayudaban a un tipo alto y pelón con sus quehaceres de villano. Después se habían sentado en el parque a comparar a los perros que andaban por ahí mientras comían helado. Cuando estaban ellas dos, siempre reían y hacían muchas cosas divertidas. Su madre no lloraba; en su lugar hablaba muchísimo. Hablaba y hablaba y a veces eso la enfadaba un poco, pero lo prefería al silencio que guardaba Papá.

Se detuvieron frente a un edificio azul, de muchos pisos y pocas ventanas, que Hilda no reconoció.

—¿Dónde estamos? —preguntó con la nariz pegada al vidrio, examinando a la gente que entraba y salía de la puerta principal.

Papá, que aún con el auto apagado no despegaba las manos del volante, lo estrujó todavía más. Los nudillos se le pusieron rojos.

—Te vas a quedar aquí esta noche, cariño —no la miraba.

—¿Tú también te vas a quedar?

—No.

—¿Por qué no? Mejor quiero dormir en tu casa.

—No puedes quedarte en mi casa, tienes que quedarte aquí.

—Entonces quiero dormir con mi mamá.

Papá cerró los ojos y respiró hondo.

—Ya te has quedado aquí antes, ¿te acuerdas? Es como la escuela.

—¿Como la escuela? ¿Por qué tengo que dormir en la escuela? —insistió Hilda, haciendo esfuerzo por acordarse del edificio azul y de esa ocasión en la que se había quedado, según Papá. Quiso recordar la última vez que había dormido en la casa de éste, pero no se le venía a la mente. Tampoco la última vez que se había quedado con Mamá. De hecho, no podía acordarse de dónde había pasado la noche anterior.

Le tiró de la manga y él, que no la había mirado a los ojos desde que subieron al auto, al fin volteó la cabeza. Se observaron un buen rato, a la niña le dio la impresión de que el adulto de pronto parecía más viejo. Abrió la boca e Hilda juró que iba a aceptar llevarla con él, pero el timbrado del teléfono lo previno de decir nada. Contestó, intercambió un par de diálogos cortos con la persona al otro lado de la línea y colgó.

—Era tu madre. Nos están esperando —dijo mientras abría la puerta.

—Pero, papá...

—Bájate, ándale.

Hilda lo tomó de la mano mientras subían los escalones hasta la entrada del edificio. En efecto, ahí estaba Mamá, que la recibió arrodillada con los brazos extendidos. Hilda saltó hacia ella, no esperando ni un segundo para contarle sobre lo que había jugado con la otra niña en el castillo de colores. Su madre asentía y sonreía mientras escuchaba, a la vez que le acomodaba el pelo detrás de las orejas. Cuando terminó, ambos adultos la llevaron de la mano a través de la recepción del edificio, en cuyo interior todo era igual de azul.

Un muchacho de corbata celeste los esperaba tras un escritorio.

—¿Todo listo? ¿Cómo ha estado su día con la pequeña?
—preguntó con practicada cortesía.

—¡Divertidísimo! —brincó Hilda, pero el chico ni siquiera volteó a verla.

—Todo bien, como siempre —respondió Mamá.

Papá solo hizo un movimiento con la cabeza.

—En ese caso, procedo a terminar el servicio de hoy —aplastó muchos botones en el teclado que tenía al frente—. Me temo que ya casi son las ocho de la tarde, por lo que sólo puedo concederles unos cinco minutos más —dijo antes de alejarse un par de pasos.

Mamá se arrodilló de nuevo y la apretó entre sus brazos, diciéndole un montón de cosas lindas al oído. Prometió volver por ella muy pronto para que pudieran salir a divertirse otra vez, llevarla al cine cuantas veces quisiera y comprarle todos los sabores de helado que se le antojaran. Ahora ella era la que lloraba. Papá, en cambio, sólo le acarició el pelo y le dejó un beso en la frente. Hilda creyó escuchar un «te amo» muy muy bajito.

El chico de la corbata volvió, la tomó de la mano y la condujo con suavidad por detrás del escritorio. Estaba tan confundida que no pudo hacer más que seguirlo, volteando a ver a sus padres por encima del hombro sin comprender lo que estaba pasando. Antes de que la hiciera atravesar una puerta, agitó la mano hacia ellos como despedida y ambos devolvieron el gesto.

—Siéntate —fue todo lo que instruyó el joven nada más quedaron fuera de vista.

Hilda se sentó en un banco y él le hurgó en el cabello del lado izquierdo de la cabeza, pero antes de que encontrara algo una voz lo llamó del otro lado de la puerta.

—No te muevas —le dijo a la niña y volvió al escritorio.

Hilda, incapaz de moverse, les escuchó conversar.

—Vamos a cancelar el contrato —dijo Papá.

—¿Vamos? ¿Cuándo me preguntaste? No, yo no cancelaré nada —respondió mamá.

—Es que no puedo seguir haciendo esto. Yo... no puedo seguir haciendo esto.

—Pues yo sí. Si él cancela, yo me quedo. Además, ya pagamos el año completo.

—Señora, le recuerdo que para contratar el servicio de recreación de un menor, se necesita consentimiento de ambos padres... —intervino el chico.

—Lo siento. Es que esto no es real. Es estúpido. Me duele demasiado —la voz de Papá se quebró.

—¿Y crees que a mí no? Por algo decidimos hacer esto. Para ayudarnos a vivir con el dolor —Mamá sonaba igual de frágil—. A Hilda le hubiera gustado que...

—Hilda no está —la interrumpió—. Y esto no es vivir con el dolor.

Guardaron silencio un rato.

—¿Qué pasará con esa... con la niña si la desactivan? ¿Sufrirá...?

—Señor, le recuerdo que todos nuestros productos son una completa recreación. No sienten ni tampoco piensan por sí mismos. Puede quedarse tranquilo. Les devolveremos la memoria de la pequeña en formato original, si ambos firman aquí y luego aquí...

Hilda quiso levantarse, cruzar la puerta y tirarse a las piernas de sus padres, pedirles que no la dejaran ahí, prometerles ser la mejor hija del mundo por siempre y para siempre. No entendía por qué no podía moverse, sólo sabía que todo era muy malo. Le temblaban las rodillas y los labios, un grito se presionaba contra las paredes de su garganta, provocándole un dolor muy real.

—Los dejo para que mediten —escuchó decir al muchacho, quien cruzó de nuevo para encontrarse con ella.

Volvió a hurgarle en el pelo y esta vez dio con un botoncito que no sabía que tenía detrás de la oreja. Lo aplastó por varios segundos, después de los cuáles escuchó un pitido dentro de su cabeza y en su visión aparecieron lucecitas rojas. Hilda no pudo mover un dedo.

De detrás de la puerta le llegó el sollozo de alguien a quien no supo identificar.

Priscila Rosas Martínez (Mexicali, Baja California). Es estudiante en Ciencias de la Comunicación. Fue becaria del Instituto de Cultura de Baja California y seleccionada para la estancia literaria «Muros de Agua José Revueltas» (Islas Marías, 2021). Ha laborado como guionista de radio, columnista y correctora para revistas de cultura. Cuenta con textos publicados en diversos medios físicos y digitales.

EL CIELO ESTRELLADO

José Luis Barrera Ruiz

Cuando lo vi entrar al consultorio, me di cuenta que sería una gran sesión, de aquellas con las que uno sueña tener en la escuela de medicina. Me dijo que se llamaba Celestino y lo primero que pensé es que le hacía honor a su nombre. Llegó preocupado por una protuberancia que crecía debajo de su oreja izquierda.

Le pedí a la recepcionista que cancelara el resto de las citas, que dejara descolgado el teléfono y se fuera temprano. Invité a Celestino a recostarse en el sillón dermatológico; le inyecté una buena dosis de anestesia con el pretexto de que sería dolorosa la exploración de su molestia. Era un simple quiste, pero lo que lo rodeaba era un paraíso terrenal que yacía frente a mí y estaba a mi alcance.

La anestesia duraría un par de horas, lo suficiente para trabajar frente y nariz; para el resto del cuerpo, Celestino tendría que aguantar el dolor. Era una orgía de granulaciones. Por sus lesiones se podía ver que en su adolescencia padeció un grado severo de acné que dejó profundas cicatrices, sin embargo, pese a su edad adulta, en su piel convivían una seborrea intensa, granos blancos y frescos, espinillas papulosas y conglobata que, en otras palabras, era una exquisita mezcla de granos grandes y enormes, con puntos prietos y profundos, intercalados con quistes y decorados con filamentos sebáceos a lo largo de la nariz.

Para la gente común, el rostro de Celestino era una tragedia natural, pero ante mis ojos era un cielo estrellado. Años de descuido, de inseguridad y una autoestima destruida, estaban frente a mí como un vino añejo proveniente de una excelente cosecha. Su acné de pubertad dejó cicatrices que hoy daban a luz un montón de granos y comedones de todas texturas

y consistencias, pero sólo había una manera de conocerlos: debía extraerlos.

Puse «El Oro del Rin» de Wagner y preparé los utensilios, un extractor básico, una navaja y una aguja hipodérmica para aquellos puntos negros rancios, esos que llevaban años bajo la piel de Celestino. Normalmente uso guantes, pero considero que los mejores manjares se comen con las manos. Es como el sexo, el látex mutila esa conexión mágica que genera el roce de las pieles.

Acomodé el celular en el tripié y comencé la transmisión en vivo. Empecé por arriba. Cada poro en las líneas de su frente albergaba el ejemplar extraordinario de un punto negro. En conjunto, éstos dibujaban las constelaciones, era posible ver el cinturón de Orión, la Osa Menor y era clarita la Canis Mayor. Usé el extractor arruga por arruga y esos cuerpos grasos y robustos salían uno tras otro como perros de pradera. Los más viejos tenían todo el cuerpo oscuro y firme, la oxidación ya era avanzada, pero otros aún tenían el tronco blanco y blandito y, como un puro apagado a la inversa, tenían sólo la punta oscurecida. Solo con su frente junté los que suelo juntar en varias semanas de extracciones.

Los coloqué en una superficie blanca para que contrastaran mejor y los mostré a la audiencia. Había de todos tamaños y consistencias, sus tonos pasaban por el espectro del amarillo, café y hasta llegar a los negros, sólidos como roca. Apenas empezaba la transmisión y ya eran miles. Cada poro era una angustia por conocer lo que escondía y cada extracción una liberación que duraba las centésimas de segundo que tarda uno en llegar al siguiente grano. Las extracciones liberaban en el espectador pequeñas dosis de endorfina, serotonina, dopamina y oxitocina: alegría pura. En un mundo sumido en pena y dolor, los barros de Celestino traían una lluvia sebosa de felicidad.

Siempre me entusiasma llegar a las cejas, quitar granos en esa región es un trabajo de tipo arqueológico equiparable al de

los investigadores que descubren ruinas y figurillas mayas en medio de la selva. Lo mismo pasa en cuerpos vellosos, nunca sabes con qué te puedes topar. En el caso de Celestino encontré varias sorpresas, como un pequeño, pero jugoso quiste. Ayudado por la navaja llegué a un jugo fresco, un blanco mezclado con el rojo de la sangre, pero sin que éste opacara su pureza. Al final recibí un premio que no se obtiene todo el tiempo, equivalente a una tumba de rey maya perdida: el saco del quiste, un pequeño escroto arrugado que al ser retirado dejó un hoyo que con el tiempo será cubierto por piel y pelo.

Los espectadores me lo agradecían. La humanidad ha santificado tres eses en la vida: sangre, sudor y semen. Sin embargo, desprecia una cuarta: el sebo. Éste nos acompaña todo el tiempo, define el brillo de la piel, nuestro volumen, complejos y dimensiones. Afortunadamente no soy el único que lo comprende y Celestino nos regalaba suficiente material para venerar.

Finalmente, llegué a la nariz, otra de mis áreas preferidas. Usé mis pulgares para sacar todos los filamentos del tabique y la punta. La satisfacción que me generaba extirparlos era particular. Vello finos y delicados que merecen ternura en su trato. Los dejé un rato en las uñas de mis pulgares para apreciar sus detalles. Hermosos y delgados diamantes negros.

Continué con la barbilla y la papada, lo que yo considero el lodazal del rostro, si existieran cerdos microscópicos, ahí retomarían. Son zonas generosas en bultos llenos de grasa y sangre. Probablemente para la sociedad es la zona más desagradable de ver, les parecen almorranas en la cara, pero en realidad es un sistema de ríos subterráneos que están ahí para ser descubiertos y explorados, debajo de montañas rojizas a punto de estallar y rodeadas por un amarillo intenso que delata su añeja existencia. Para sistematizar su extracción, corté con la navaja cada bulto para después exprimirlos usando el índice y el pulgar.

Parecía como si la mano se me cubriera de queso cottage salpicado con agua de jamaica. La masa de sebo blanco, debido a su nula exposición al oxígeno, se escurría lentamente por mis dedos y para premiar a mi audiencia, acercaba mi mano a la cámara. Uno de los usuarios me preguntó por el sabor de esa grasa. No podía responder, y era una buena inquietud, pero consideré que tenía que esperar un poco más para tener la respuesta.

El efecto de la anestesia se acabó y Celestino reaccionó. Me miró con desconcierto e intentó moverse, para entonces yo había sujetado sus extremidades y cintura. Intentó hablarme, pero tenía retacada la boca con algodón. Todavía no terminábamos la sesión. Normalmente, en mis videos sólo trabajo rostros, pero creí que teníamos que exprimir al máximo a Celestino.

Corté su playera y descubrí su pecho. Era como una palpitante superficie de Marte. Las cicatrices del rostro eran pequeñas comparadas con ese pecho cacarizo. Usé la navaja para los quistes y el extractor para los granos y espinillas. Corrieron algunas lágrimas del ojo derecho de Celestino. Puede que extrañara la anestesia, pero también pudiera ser el desahogo de tantos años de inseguridad y desprecio. Tenía la misión de salvarlo.

De verdad entiendo a la gente como Celestino, verse en el espejo cada mañana y despreciarse, en todo momento, al saber que tienen que ir a la escuela o al trabajo y la gente en la calle los mirará con morbo. Sé el martirio por el que pasan para conseguir pareja y que, en caso de lograrlo, deben enfrentar el desprecio de las suegras, criaturas más crueles que los niños odiosos de las escuelas. Pobre gente que no entiende que la belleza está en el interior, pero no ese interior cursi del alma, si no en aquello que se produce entre el tejido subcutáneo y la epidermis. Oro lechoso, oro en forma cremosa.

Miles de personas en todo el mundo disfrutaban de Celestino. Su belleza subcutánea le traía felicidad a cantidades ingentes de desdichados. Yo sólo era un sacerdote que ayudaba

a ejecutar la ceremonia y canalizar los misterios internos de un dios con sus feligreses.

Llegó el momento de seguir con la espalda, era el turno de la comunión. Incliné a Celestino hacia el frente y levanté la playera por encima de los hombros. Eso ya no era un plano terrenal, era el Xibalbá de los mayas o el Valhalla de los vikingos. Procedí, como en el pecho, aunque primero tenía que resolver la pregunta que me hicieron antes: ¿cuál es el sabor de la gloria? Extirpé un comedón; recogí el producto y lo unté sobre el dorso de mi mano, lo acerqué a la cámara con la parsimonia de un sacerdote cuando levanta la hostia y comí de aquel pan de la alianza nueva y eterna, que fue derramada por ustedes y por muchos para el gozo de nuestros pecados. Amén.

José Luis Barrera Ruiz (Ciudad de México). Es Licenciado en Relaciones Internacionales por el Tecnológico de Monterrey y estudió Administración Pública en la FCPyS de la UNAM. La mayor parte de su experiencia se ha centrado en el sector público. Actualmente se desempeña como Asesor en el Senado de la República. Tiene experiencia docente en el Tecnológico de Monterrey y escribe para diversos medios.

SUPERVILLANOS DE OFICINA

Daniel Centeno

Cuando le pregunté, mi jefe insistió en que no era telepatía.

Respira hondo.

Me pidió ponerme una mezcla de ropa deportiva y disfraz de superhéroe, un traje bonito y negro para los chicos *fitness* con el que me sentía un impostor, considerando lo poco halagadora que lucía mi barriga.

Bienvenido a TAREA DIVIDIDA. Sigue por favor las instrucciones.

Cuando era niño siempre tuve fantasías con trajes de superhéroe, pero estaba seguro de que jamás se me ocurrió que tendría que usarlo en mi trabajo de oficina. Pensé que de tanto nervio y tanto sudar iban a cobrarme el traje. Luego me di cuenta de que, hasta ese momento, estaba fresco. Era un traje climatizado. Era fácil sentirse súper así.

Mira la pantalla.

Mi computadora me mostró el rostro de un hombre sentado en una silla como la mía, con un traje blanco que era idéntico al mío en todo lo demás. Debía estar a miles de kilómetros, pensando en todo el dinero nos habían prometido. Un año y los dos podríamos vivir llenos de lujos. Él era otro miserable igual que yo. Hasta nos parecíamos. La barba. Su robustez. Su ansia por llegar al viernes. Su incapacidad de ir a otro lado, porque ya no teníamos alternativas. Todo eso podía verlo en él con apenas un vistazo. Su cara me decía tanto.

Fíjate en sus ojos.

A lo mejor debíamos recordarnos el uno al otro para saber a quién culpar, si alguna vez perdíamos el trabajo. Él me veía como si deliberadamente tratara de no mirarme.

Fíjate en su nariz.

La fruncía nervioso. Sólo hasta entonces comprendí que yo no sería el primero: seríamos ambos, compañeros en esto. Le sonreí nerviosamente, pero no vi si él sonreía.

Fíjate en sus labios.

Aquella instrucción me pareció la más extraña de todas hasta ese momento, pero lo hice: aquel sujeto me dio la impresión de haber estado mordiéndose los labios durante un rato, seguramente por nervios de que lo vieran con ese traje; en lugar de un natural rojo, sus labios habían adoptado el morado propio de la carne ansiosa.

Di: Hola.

Sin querer, acabé diciendo: *Buenos días*. Él, que sí había dicho hola, me miró molesto.

Yo ponía en riesgo su futuro y el mío.

Traté de sonreírle como diciendo «Mira nada más lo que hacemos con tal de comer y lo mal que nos vemos», y antes de que la pantalla se pusiera en negro por el error, alcancé a fijarme en sus labios una vez más, y noté, esta vez, que él me sonreía.

Como no sabía su nombre, decidí llamarle Alejandro, Alex, de cariño, porque me recordaba a un amigo de mi infancia con el que entonces sentía que era posible comunicarme sin mediar palabras, como si la telepatía fuera el resultado de una conexión y no su causa. Nosotros también jugábamos al superhéroe y supervillano. Yo siempre acababa siendo el malo, aunque no quería. Yo quería ser el superhéroe.

En nuestro segundo intento de sincronización me aseguré de decir y hacer exactamente lo que me dijeron. Sincronizamos nuestra voz, nuestros gestos, diría que hasta nuestra altura y nuestro modo de afrontar la vergüenza por aquel traje.

Hay muchas formas de salvar al mundo, me dije en broma, pensando que a alguien le debería servir, algún día, aquel experimento que hacíamos Alex y yo. Que nuestras fotos serían las de dos superhéroes oficinistas. La gente se identificaría

con nosotros. Seríamos héroes accesibles, nos hallarían en el súper haciendo las compras con nuestros carritos medio vacíos al acabarse nuestra fortuna.

Cuando terminó el proceso de sincronización, la pantalla me mostró un escritorio inmaculado. Ni un solo archivo o programa se hallaba ahí. ¿Qué voy a hacer?, fue lo primero que pensé. Sentí comezón en el pecho y en una nalga de un modo que jamás había experimentado, como si mis músculos estuvieran relajados y tensos al mismo tiempo. Quería levantarme y fingir que iría al baño, con tal de interrumpir aquella incertidumbre. Entonces me invadió el calor. El traje cobró vida y me inundó de una temperatura que no me pertenecía. Pregunté si el traje no estaba fallando, y me pondrían electrodos en la cabeza, si mis pensamientos iban a sincronizarse con los de Alex, pero dijeron que no era necesario.

Mi rutina como superhéroe oficinista consistía en no hacer absolutamente nada.

Dejé que la pantalla mostrara día tras día el escritorio vacío, y día tras día sentía una clase de calor distinto, cada vez más intenso y molesto, disperso en partes de mi cuerpo que no sabía que estaban sujetas a algo tan básico como los cambios de temperatura. Mis piernas y muñecas se entumecían como si no parara de moverlas y escribir. Sentía sed todo el tiempo. Las jornadas de trabajo eran igual de extensas, aunque no hacía nada. Me pagaban, de cualquier modo.

Sentía que mi cuerpo iba dejando de ser mío. Que alguien estaba ocupándome sin preguntar. Comencé a mordirme los labios.

Al verme al espejo, me desconcertó mirarme y no ver mis propios labios sino los de Alex. Por un segundo temí levantar la vista hasta mis ojos.

Luego de un mes, Alex apareció otra vez en mi pantalla. Por un momento no lo reconocí.

Sigue por favor las instrucciones.

Quería preguntarle tantas cosas. ¿Tú también la llevas tan mal como yo?, por ejemplo. ¿Tú también sientes que te pudres de inutilidad? Pero él lucía enérgico. Todo su cuerpo temblaba ligeramente, no de ansiedad sino de energía, dispuesto a ponerse de pie y correr un maratón si se lo pedían de pronto; así que tuvo que forzarse a mantener la calma. Sonreía tanto que sentí que estaba provocándome.

Fíjate en sus ojos.

Se veían rojos, pero expresivos.

Fíjate en su nariz.

Ya no había irritación. Parecía estar libre de aquella ansiedad que en cambio yo sentía más que nunca en mi vida.

Fíjate en sus labios.

Apenas se fijó en mí, su sonrisa desapareció. Parecía preocupado por mi aspecto.

Di: Hola.

Dije lo que me pidieron, apático, pero él siguió mudo unos momentos más, inspeccionándome.

Antes de que su imagen desapareciera de la pantalla, noté que él sentía miedo por mí.

Tuvimos que repetir la sincronización luego de que Alex se equivocara, pero cuando al fin quedó hecha, la pantalla me mostró todas las tareas que debería de realizar durante los siguientes días. Estaba tan harto de no hacer nada que me volqué enteramente al trabajo. No pensaba en otra cosa. Mi cuerpo se sentía más ligero. Me fui olvidando de todo mientras se me iban las horas porque no podía sentir. Sólo en mis ojos notaba las largas jornadas. Mis ojos, rojos como los de Alex cuando volví a verlo, eran el único perjuicio que tenía. Aunque pasara ocho horas sentado, mis piernas no se entumecían. Ni hablar del sudor, que desapareció de mi cuerpo como si fuera incapaz de sentir exceso de temperatura. Odia-

ba volver a casa. Necesitaba ponerme ese traje, que de pronto me había hecho tan poderoso, invulnerable. Entonces no comprendía cómo lo hacían, pero de pura gratitud deseaba trabajar incluso más de lo que me pedían.

Jamás en mi vida me sentí mejor.

Cuando luego de un mes tuvimos que repetir la sincronización, noté que Alex se sentía tan abatido y miserable, como si no tuviera ni siquiera lo necesario para llegar vivo al día siguiente. También me miraba como suplicando que no cometiera un error. Me di cuenta de que Alex tenía los labios morados otra vez. Aunque su boca estaba cerrada, murmuraba algo, moviendo ligeramente su mandíbula que, por lo demás, estaba sujeta como por un aparato invisible de ortodoncia. ¿Un guarda para el estrés? Parecía pedirme ayuda.

Fíjate en sus ojos.

Esta vez nuestros ojos sí coincidieron en mirarse.

Fíjate en su nariz.

Ambos respiramos con la misma extraña quietud que nos había dado mirarnos.

Fíjate en sus labios.

De pronto sentí la urgencia de calmar esos labios. Sentía cariño por Alex, que me miraba como aliviado de que estuviera tan bien, aunque no nos habíamos dicho nada más que Hola y Buenos días. Ambos habíamos resistido y el futuro sería mejor para ambos gracias a eso. Quise besarlo de alegría. Ambos éramos los primeros superhéroes de la tierra. Algún día le ahorraremos trabajo a generaciones por venir. ¡Extinguiríamos la oficina! Sólo él podía comprenderme. Sólo yo podía comprenderlo.

La sincronización falló porque Alex era incapaz de imitar mi gesto de alegría. ¿Alex no había estado sonriendo la última vez que lo vi? ¿Por qué de pronto parecía sufrir tanto?

Entonces comprendí cómo funcionaba el traje.

Ambos comprendíamos cómo funcionaba. Mientras uno sufría el cansancio de dos cuerpos, el otro acababa trabajando, no el doble, sino el triple, a veces más, por pura adicción y gratitud. Trabajar se había vuelto algo por lo que suplicábamos y que la sincronización traía de vuelta o nos quitaba, haciéndonos sufrir de abstinencia. Vivíamos para trabajar.

Cuando volvimos a vernos, próximos a cumplir ya diez meses, mi rostro delató que me volvería loco si dejaba de trabajar, si volvía a sentir ambos cuerpos en el mío, y él se equivocó en la sincronización por mí. Lo hizo conscientemente durante varios días, como regalándome su tiempo, mientras yo no hacía otra cosa que cederle mi cansancio.

¿Por qué otra cosa habría hecho si no era porque me comprendía mejor que nadie? Porque me amaba. Debía ser eso. Aprendí a amar a ese hombre, cuyo rostro me hacía sentir invulnerable o me quitaba todo, cuya sonrisa en el momento correcto cambiaba mi mundo. Ese hombre que sentía mi cuerpo cuando yo me olvidaba de él, que me permitía vivir sin dolor alguno en una vida de dolores abundantes...

Ese mes trabajé sin descanso, más feliz de lo que creí posible en mis fantasías infantiles. Me sentía un verdadero superhéroe. Me sentía absolutamente invencible. Alex no paraba de equivocarse, cada vez de forma más grosera. Sospechaba que, en cierto punto, dejó de ser su elección y simplemente, aunque quiso, ya no pudo sincronizarse conmigo. Yo quería calmarle el dolor, así que a veces masajebaba mi cuerpo por un minuto, no más, mis piernas sobre todo, o me daba besos, en el hombro o los brazos, esperando que él pudiera sentirme. Era lo más que podía hacer por él sin interrumpir mi productividad.

Era cierto que había sido el villano en la historia, pero no había sido a propósito. Quería decirle que lo soportara. Ya llegaría su turno. Yo lo salvaría en el último momento.

El último mes, cuando fue mi turno de sentir, me invadió un calor insoportable, y mi brazo y hombro colapsaron con mi corazón... Mi jefe parecía tranquilo, como si no pasara nada. Seguramente se debía a mi sensación de inutilidad; seguramente él esperaba un infarto a esas alturas del experimento y por eso veía fijamente el monitor con el que trabajaba, como preguntándose por qué me detuve. Yo, en cambio, rompí el traje por la angustia, y el dolor cesó como si se tratara de un milagro. Miré hacia la pantalla y vi en mi rostro el de Alex.

No pude parar de llorar.

Daniel Centeno (Los Mochis, Sinaloa). Autor de *No hablaremos de muerte a los fantasmas* (Casa Futura, 2021). Ganador del xxxv Premio Nacional de Cuento Fantástico y de Ciencia Ficción y mención honorífica en el xvi Concurso Nacional de Cuento Juan José Arreola. Ha publicado en diversas antologías y en las revistas *Luvina*, *Tierra Adentro*, *Axxón*, entre otras. Becario del FONCA 2017-2018 y 2022-2023, y del PECDA Jalisco 2020-2021, ambos en la categoría de cuento.

LA GRAN NADA

Efraím Blanco

*Fire on the mountain, run, boys, run,
the Devil's in the house of the rising sun.*

Charlie Daniels

Volví a casa tras sus pasos y la encontré hecha un ovillo sobre el piso de la cocina. Lloraba y temblaba sin atreverse a contarme lo que había visto. Di la vuelta y apunté la luz blanca del celular hacia la puerta de la calle, esperando atisbar algo. No había nada. La puerta era sólo un hueco hacia la noche que nos esperaba, tranquila, en silencio. Pero Laura seguía en su arrebató, prendida a mi cuerpo. Luego de un rato escuché la respiración lenta y pausada, de quien cae en un profundo sueño. La llevé a la cama y me quedé largo rato a su lado, a la espera de algún sobresalto, pero siguió dormida sin mayor problema. Antes de acostarme di vueltas por la casa y aseguré puertas y ventanas con cierto miedo que me erizó la espalda.

La noche pasó lenta.

En la mañana quise preguntarle qué le había pasado, pero Laura no quería hablar del tema hasta que logré hacerla enojar con mi insistencia.

—¿Para qué chingados quieres saber? —dijo.

—¿Para qué? Entraste a la casa como alma que lleva el diablo. No, peor —recordé—, ¡como alguien que ha visto al diablo!

Ella agachaba la cabeza para esquivar me la mirada, entonces, me dijo todo con franqueza, mientras agachaba la cabeza evitando todo el tiempo mi mirada:

—No quiero salir de la casa. Me da miedo el exterior.

En ese momento no lo entendí realmente, sólo pude pensar en alguna especie de angustia creciéndole en el pecho, algo que

yo no podía comprender y que me depararía consultas médicas en el futuro, psicólogos, análisis, medicamentos, facturas y tardes a la espera en oscuros consultorios con revistas aburridas en sus mesitas de centro. Pensé egoístamente en todas las posibilidades, y me resultó difícil aceptar la explicación, por lo que insistí:

—¿El exterior? ¿Te da miedo el clima? ¿La calle? ¿La inseguridad? ¡De qué hablas!

—Sabía que no lo entenderías —dijo.

La vi andar hacia la recámara alejándose un poco de puertas y ventanas, como si hubiera algo que la asustara y temiera ser capturada. La seguí mientras le gritaba que necesitaba una explicación más clara. Ella guardó silencio antes de cerrar la puerta y dejarme allí, en el pasillo.

A la hora de la comida salió del cuarto hacia la cocina, y allá fui tras ella. Laura movía platos y vasos, buscaba algo en las repisas, como si hubiera perdido alguna cosa o nada de lo que hallaba fuera de su agrado. Finalmente tomó un tazón, lo llenó de leche y cereal y se volvió hacia mí, se sentó en la silla.

—Te voy a decir, Juan, pero no te burles de mí —dijo.

—No, nunca lo haría —aseguré.

—Bien —soltó tras dar un suspiro—, hace días que sueño que al salir de casa la fuerza de la gravedad no tiene efecto en mí y comienzo a flotar. Me veo a mí misma suspendida en el aire, veo mis pies despegarse del suelo. Siento como la Tierra, el planeta entero, me expulsa de su faz. Y veo mis pies por delante, como si estuviera tendida en la cama, los veo tirando hacia el frente como si una gran fuerza me llevara al cielo. Mi piel siente el aire a gran velocidad, veo pasar las nubes con rapidez mientras suena, en medio de un terrible sonido ambiental, una canción country. ¿La recuerdas? Es una tonada llamada «El Diablo vino a Georgia». Los violines y la batería suenan frenéticos, mientras mi cuerpo flota hacia el espacio. Me veo pasar por la Luna, Juan. Casi puedo sentir que la rozo con mis

dedos, luego mucha oscuridad y al fondo, cuando volteo, te veo todavía a ti, diminuto, en alguna parte de un pequeño y pálido punto azul. Te ves tan triste. Luego ya no veo, estoy ciega, pero puedo sentir la gran velocidad a la que viajo, así llego a la gran nada del universo, del espacio profundo. Entonces despierto.

—Carajo —pensé.

Por un momento sentí un hueco en el estómago, una furia contenida, algo que me obligaba a pensar en la desgracia, en la muerte prematura, en la salud mental de mi mujer. ¿Cómo podía responderle? Laura sintió mi largo silencio y salió de la cocina dejando una estela de desprecio. Yo sentí vergüenza, porque mi estúpida cabeza no me daba una respuesta pronta, válida, para corresponderle la confianza de contarme algo así. Sentí la necesidad de disculparme y toque a la puerta de nuestra recámara, pero no respondió. A decir verdad, tenía una tonta sonrisa en la cara que no podía borrarle, pero todo lo que quería era abrazarla y decirle que no importaban sus miedos, que siempre me tendría a mí para ser —literalmente— su ancla, si es que algo así llegaba a ocurrir. Ella no respondió.

Comencé a preocuparme cuando no escuché nada, ni el sonido de la televisión, del teléfono, ni de la propia Laura echándose a llorar o su respiración si es que estuviese dormida. Sentí miedo. Jalé con fuerza la perilla, pero no pude abrir la puerta, y recordé que no teníamos llave, por lo que si alguien echaba seguro por dentro sería imposible abrirla. Salí de la casa y di la vuelta para asomarme y eventualmente entrar por la ventana de la recámara. Cuando llegué, las cortinas estaban abiertas pero el vidrio estaba cerrado. Vi a Laura, sentada a la orilla de la cama. Veía en silencio la televisión y se llevaba ambas manos a la boca, cubriendo su asombro. En la pantalla los noticieros pasaban imágenes captadas con cámaras vacilantes, de gente en la calle elevándose hacia el cielo. Las figuras, como juguetes, parecían salir disparadas hacia arriba sin explicación alguna. El hombre del noticiero mostraba un mapa con países

enteros en color rojo. Laura volteó a la ventana y pude ver sus ojos, llorosos.

Nunca vi tanto terror en su mirada.

Abrí la boca para intentar decirle que todo estaba bien, pero entonces me di cuenta. Mis pies flotaban, y mis manos se aferraban a la herrería de la ventana. Laura estiró sus manos hacia mí y yo, en un reflejo, quise aferrarme a ella. Entonces sentí el jalón hacia arriba. Algo tiró de mi cuerpo y comencé a elevarme. Vi alrededor a cientos, miles más como yo, jalados por hilos invisibles hacia las nubes. Lo entendí todo. Recordé el sueño de Laura y comencé a llorar. Mis lágrimas se fueron quedando atrás. Yo seguí elevándome.

Pasé el cielo azul, vi la Luna, las estrellas, la oscuridad, luego la nada.

Efraím Blanco (Morelos). Egresado del Diplomado en Creación Literaria de la Escuela de Escritores «Ricardo Garibay» del estado de Morelos. En 2019 es el ganador del Premio Bellas Artes de cuento infantil y juvenil «Juan de la Cabada» por el libro *La balada de los niños muertos*. En 2020 obtiene el Premio Nacional de Cuento Fantástico y Ciencia Ficción por la obra *Había polvo de estrellas*.

LOS RESULTADOS PUEDEN VARIAR

Manuel Mörbius

Aquel terror nos miraba como comida, no había más, y nosotros le veíamos como un enemigo que nos arrebatava la vida, a mordiscos, rápido y ágil en la penumbra. El brillo acorazado nos cruzó con una velocidad que no correspondía a su tamaño. Sus patas tenían espolones y los óvalos negros tomaron por sorpresa a Kyla, a quien le devoró la cabeza como un tierno pedazo de arroz. El dolor en mi corazón se ahogaba en el mar de terror y no había suficiente aire dentro de mi cerebro que pudiera moverme. Con los arpones de metal algunas guerreras le atravesaron el estómago. El monstruo dejó caer una nata latente y estriada frente a mis pies. Ese fue el momento en que supimos que era una hembra llena de huevecillos que saltaron de su cuerpo empapando el suelo con su leche blanca. Parecía una herida importante, pero seguía sin detenerse.

Nos había emboscado mientras buscábamos un monolito de sal en la parte más alta del Valle de las Grietas. Hacía meses que no habíamos visto a las criaturas. Creímos que pasaría más de tres lunas. Esa era nuestra certeza después de quemar las Montañas Suaves. Eso pensamos cuando vimos el horizonte y respiramos el olor de la carne de nuestro enemigo calcinado.

Las tribus nos habíamos unido en una gran cacería. Hicimos aquella tregua inusitada para resolver el problema que los dioses habían ignorado, como si nos hubieran puesto en este mundo únicamente para probar nuestro valor, como si nuestro único propósito fuera la eterna lucha contra los horrores que ellos mismo no podían contener. Esto es lo que nos cuentan las ancianas ciegas que nos guían entre la penumbra, cuando vemos caminar a los dioses y nos tiran la comida desde el cielo

en los lugares más inaccesibles. Ellas dicen que aquellas que haya visto a un dios a los ojos sabe la verdad y eso provoca que las mentes nunca retornen. —Es por eso que —dicen las ancianas— nosotras nos sacamos los ojos cuando vimos la verdad, para guiarlos a ciegas y guardar la fe en tiempos oscuros. Para no terminar como el viejo Jox, que nunca dejó de gritar cuando se perdió en la mirada de un dios.

Ellas siempre hablan del viejo Jox. Era un gran explorador. Encontraba nidos con facilidad, dicen que olía los huevecillos de las criaturas. Fue gracias a él que encontramos ocultos, entre las cuevas retorcidas y fétidas, los nidos de las Montañas Suaves. Encontramos más de mil huevos apunto de eclosionar, bajo la custodia de cientos de implacables dientes y caparazones cafés cubiertos de duras placas. Perdimos a varios miembros de las tribus durante el asedio. Se dice que ese día, el viejo Jox, celebrando la victoria en la cima, rodeado de fuego, perdió su cabeza y nunca volvió.

A veces creo entender por qué el viejo Jox no regresa. Aquí sobra oscuridad como para que la chispa más leve pueda ilusionarnos. Aquí no hay a dónde ir. Aquí viene el monstruo, ahora, de frente, con la prisa que tiene la muerte de saborear mi tristeza. Galix tiene otra idea mientras se llena de ira y atraviesa la cabeza de la bestia con su arpón.

La cabeza se ha ido. Eso no es bueno. Ahora no sabemos a dónde correr; el cuerpo de la criatura sigue andando con fiereza y no hay mirada que te diga a dónde se va a dirigir el resto del cuerpo. Galix gira. Logra soltar su arpón y al caer al suelo intenta desviarse. Yo estoy paralizado y dos veces me pasan las patas del monstruo rozando la cara. No puedo hacer nada más. Todos intentan arponear el cuerpo agonizante, las patas erráticas llenas de furia, sin que logren derribarla. Galix no puede evitar a la criatura que le pasa por encima y la aplasta de una pasada que deja su cuerpo difuminado en una mancha.

No sabemos de nuestra suerte. Me pasa nuevamente de lado y el cuerpo con la cabeza muerta me rodea dos veces y con esos dos giros toma un camino distinto y se pierde en la oscuridad.

Intentamos darnos prisa para llegar al monolito de sal y llevarnos lo que se pueda para volver a la aldea oculta de la Piedra Gris. Todos me atraviesan con la mirada y en silencio me marcan la piel con la palabra «cobarde». Se reúnen y comienzan a picar el monolito que reparten en los sacos junto con las oraciones alrededor de los cuerpos de nuestras compañeras.

—El llamado de los dioses nos despierta, el valor nos hace vivir y la muerte nos entrega la calma.

Dicho eso, me aterra lo que viene. La Alfa Mites viene a mí. En sus ojos no noto ninguna conmiseración.

—Si no puedes salir a recolectar, vas a salir a explorar.

—Pero...

Ella me muestra los dientes. Podría retarla, pero sé que perdería la batalla. Ella me arrancaría los dedos de la mano y de todas maneras sería obligado a explorar.

Me armaron con un arpón de acero y me dejaron ir a pensar sobre mi pobre fuego interno. Después de algunos días pienso en un mapa, que es de mi vida, que es mi mundo y su extraña belleza geométrica. Las montañas del Frío Perpetuo no son un mal lugar para explorar. Los monstruos siempre necesitan agua, pero en el reino de las Aguas Vaporosas no han visto criatura en meses. La ley dice que cuando un monstruo aparece hay cincuenta que no vemos, pero hasta ahora no he encontrado a ninguno.

La montaña del Frío Perpetuo es un lugar al que nadie quiere trepar y pienso que será mi última opción para ganarme el retorno, de lo contrario moriré debilitado y con sed lejos de la aldea. En la aldea permanecemos escondidos en una caverna y tenemos alimento y calor, eso nos da cierta protección mientras los vigías esperan a que los dioses nos arrojen comida y agua.

En la intemperie es muy difícil sobrevivir y encontrar al paso comida o un dios benévolo.

La subida es inmensa. Llevo el arpón con cuidado, si lo pierdo quedaría completamente indefenso. Trepo por cilindros verticales, durante horas, hasta que se entumecen mis brazos. En la escalada me topo con una Caverna de Trueno, la más oculta de la que tengamos memoria. Pienso que es una tontería. Las Cavernas del Trueno son peligrosas; si no tienes cuidado un rayo podría quemarte dentro de ellas, y hasta donde sabemos, los monstruos también las evitan, pero no tengo más remedio que explorar. Me acerco a la cavidad con cuidado. Algo hay, y algo respira. No entiendo lo que escucho: alguien parece mascullar el sonido. El aire tiene palabras que no lo son. Está oscuro y la luz detrás de mí apenas y alcanza a alumbrar lo que hay delante. Voy introduciéndome despacio al interior de la caverna y observo un monstruo con las patas arriba. Su color café se retuerce, pero no parece estar muerto, más bien parece relajado. Sobre su vientre abultado, y lleno de leche, hay alguien alimentándose con placer, un placer que me retuerce la garganta, el estómago. Aquel abraza los pliegues rugosos de la criatura, con las barbas remojadas de la substancia, la abraza más allá del cariño y el brillo de la sonrisa aparece como un tenue desafío que no comprendo.

Aún llevo la palabra «cobarde» marcada en mi piel estremecida. Intento alejarme con calma y escucho un resoplido. La poca luz esconde las siluetas que comienzan a moverse en la oscuridad. Tengo el arpón listo para defenderme. El resoplido se acerca y los ojos destellantes se acercan, las palabras poco a poco brotan.

Miro el rostro deforme y barbudo del viejo Jox y él no mira dentro de mí, me atraviesa.

—¡Eres un cobarde! —me señala mientras me percató de que estoy rodeado. La caverna es un nido de ojos y caparazones cafés. El viejo Jox también los comparte. Se retuerce en cuatro

patas con antenas hechas de alambres y, con la boca llena de leche, grita: —Nunca has visto a los ojos a un dios y ¿te atreves a decir quién es un monstruo y quién no lo es?

El viejo Jox deja de abrazar al monstruo sobre el que estaba montado y corre hacia mí. Tomo el arpón de acero y me aferro de su orificio ovalado. Esta vez no seré un cobarde, lo lanzó con todas mis fuerzas apuntando a su cabeza. Quizás hubiera tiempo de huir, pero el anciano Jox logra tomar el arpón en el aire con sus manos y protege a su amado monstruo. No tengo escapatoria. Nuevamente me quedo paralizado y el anciano Jox intentan girar el arpón pero las puntas hacen contacto con las paredes de la Caverna de Trueno. El resplandor incendia el cuerpo del viejo Jox y lo hace explotar. La chispa se expande y olor quemado de lo que fue se mete a mi cerebro y me obliga a correr.

Intento huir. Detrás de mí vienen las criaturas esparciéndose por las paredes. Tengo que saltar y aferrarme a la montaña del Frío Perpetuo. Lo logro. Comienzo a escalar procurando no pensar en las criaturas que suben por las paredes. Una promesa de regresar a mi aldea hace que no me detenga hasta que llegar a la cima. Una vez allí, la superficie lisa e inmensa me agobia, pero sigo con vida. Respiro e intento conservar la calma. De alguna manera tengo que bajar y contar lo que sucedió, aunque no sepa cómo contarlos sin que crean que la enfermedad de Jox es contagiosa.

Pensando en que no tengo ya mi arpón siento una corriente de aire caliente. Levanto la vista y miro la profundidad de una galaxia dentro del ojo de una diosa. Ahora entiendo todo. El universo mira dentro de mí, de mi vida insignificante y vacía, de mi propósito banal, de mis sentimientos que no son alcanzados por el viento, la lluvia o el sol. Ahora la verdad me atraviesa. Caigo de rodillas. El sonido de la diosa me destroza los oídos. Ensondecido percibo únicamente los latidos de mi corazón. Las palabras de los dioses han roto mi piel. Ella me

señala y después ardo en un líquido que deja caer sobre mí. Por un momento sonrío. Siento que la locura no se disuelve conmigo. Veo mi piel y lo que hay debajo de ella: una intensa sobriedad que me trae la paz.

*

—No, hombre. No son cosas que pasan. Voy a llamar a la compañía.

—Vamos, Camila. ¿Qué piensas que van a decirte?

—Algo tendrán qué decir. Esos microidiotas quemaron la sala y ahora están por todas partes destrozando la casa. ¿Ya viste el corto que causaron en el refrigerador? Además, siempre que despierto hay pequeñas construcciones y no puedo andar descalza. ¿A ti te parece divertido? A mí me tiene harta.

Por fin entra la llamada.

—Sí... llamo para quejarme de su producto.

—¿El producto no ha exterminado a las cucarachas o plagas de su casa? —responde la voz monótona con una lengua que saborea una gota de miel.

—Sí, pero su producto también quemó mi sillón y acaba de provocar un chispazo eléctrico —dice Camila agitando las manos teatralmente.

—Pero ya no tiene cucarachas, ¿verdad?

—No me vengan con eso, quiero que respondan por los daños.

—Señora, debo de pedirle que lea el empaque del producto. Al final, lo que está en letras grandes y rojas

—No sé dónde está, espere —manoteando al aire, da instrucciones para que le pasen el empaque—. No puede ser que engañen así a la gente —intenta no perder el vigor de su furia.

—¿Qué dice el empaque, señora? —responde la voz femenina que se relame una antena sentada en la colmena del centro de atención al cliente.

Camila comienza a leer el empaque con resignación:

—Pequeños, míticos y eficientes. Una forma divertida y limpia de deshacerse de las plagas. Si los humanos somos reconocidos por exterminar especies a gran escala, ¿por qué no hacerlo en la casa u oficina? Replicas en miniatura de personas diseñadas con nanomateriales, sin químicos dañinos, fáciles de disolver con cloro, programadas con una comprensión limitada, instintos de caza y realidades míticas. Sienta el poder de los dioses y libérelas en el suelo para que le idolatren. Eliminación de cucarachas, hormigas y chinches, producto garantizado o le devolvemos su dinero. Nota: Los resultados pueden variar. Si desarrollan albedrío, consulte a un exterminador.

Manuel Mörbius (Ciudad de México). Sociólogo integrante del Seminario de Estéticas de Ciencia Ficción, donde investiga la ciencia ficción y su relación con el sonido. Su cuento, *El ultra sonido de Coatlicue*, obtuvo mención honorífica en el xxxvii Premio Nacional de Cuento Fantástico y de Ciencia Ficción. En 2021 Editorial Camino (Chile) publicó su antología de cuentos *Necropolítica*.

LAS RUINAS

Joaquín Filio

*(...) y aunque ellos estén locos y totalmente muertos
sus cabezas martillearán las margaritas (...)*

Dylan Thomas

No fue un capricho unánime de la familia lo que degradó al tío Alberto a su condición de piedra; fue más bien la quietud de los días, el silencio con el que mantuvo al filo a sus hijos trémulos, la cara cosida de su esposa y los andrajos de un odio lejano. «Y lo hijo de puta», agregaría alguno de los presentes, aún bajo la sorpresa del prodigio.

Mientras tuvo el vigor de moverse, el tío utilizó los brazos para levantar muros: el oficio de la albañilería le llegó muy pronto. Con la voz aguardentosa a causa de la bebida y la exhalación consuetudinaria de reproches, me confesó un episodio de su juventud. Desde la cueva de sus ojos se asomaba, como no queriendo, la orfandad y en el llano de la piel ya se exhibían las primeras pústulas. «Toda la pinche tarde se la vive con la botella» era un rumor frecuente, una herida incierta que deambulaba entre los matorrales del vecindario.

Por aquellos tiempos poco se confería de la situación. Advertidos ya de la vergüenza, las tardes acuciosas de los domingos eran del todo grises y declinaban, a toda costa, a que el aire hiriese con un secreto durante los bautizos y las primeras comuniones. Siempre a la merced de un comentario hipócrita, parecía de súbito como si las oraciones se tropezaran y el resto de los parientes prefirieran quedarse callados.

Más allá de la pobreza por el desempleo del tío, era de dominio común que el alimento escaseaba y que encontraron la posibilidad de algún dinero tras poner en lucimiento los

vestigios deformes situados en el patio. A veces uno de mis primos se asomaba a la puerta. «Vengan a ver las ruinas de mi padre» gritaba como merolico antes de recibir la mano indecisa de tía Leo.

Lejos de la infamia y del carácter público de su deshonra, lo que más llamaba la atención de los vecinos era la vergüenza en que se había perpetuado. En su rostro las fisuras tomaron territorio a causa de los daños por el calor insoportable: de los pómulos se fracturaba un conjunto de grietas tan profundas que era posible mirar hacia el abismo de sus huesos; de la cima de la nariz aguileña, curtida por el cemento de la obra, se acantilaba una verruga descompuesta. El mentón, invadido de hierba, era el epicentro de unas inesperadas estalactitas, decían, a causa de las lágrimas nocturnas. Hacia abajo las piernas sembraron para siempre unos dedos callosos y era difícil distinguir entre el concreto del suelo, las rodillas enmohecidas y los codos apeñuscados.

Con la paciencia que el dolor le había prestado, todas las mañanas tía Leo echaba andar la manguera sobre los crisantemos del arriate y de vez en cuando asistía un breve rumor de agua a los vestigios de su marido decrepito, tratando de no interrumpir el ridículo proceso de la primavera. Lo que antes fue un puño ansioso, ahora se inmortalizaba a través de la humillante erosión de la lluvia y el orín de los perros.

Al llegar la tarde, tía Leo barría el patio con firmeza, a sabiendas de que al menos un poco de provecho tenía la situación y sin llevarse las manos a la cara, permitía que el llanto invadiera su sonrisa. Fue después cuando alguno de sus hijos sugirió venderlo a la investigación, sin embargo, los especialistas no encontraron evidencia más que el abandono de una simple piedra que «no servía ni para albarrada».

Entonces se le relegó por meses. Llevó encima el castigo del excremento que de buena manera otorgaban las aves. Incluso

supimos, poco tiempo después, de la audacia de algunos niños que allanaron para pintarrajarle bigotes y ojos absurdos.

La última vez que visitamos a Leo ella dispuso a contarnos de su nueva fuente, viva, esclarecedora, a donde llegaban los tordos matutinos a saciar su sed. Nos habló del futuro mientras bebía cerveza. Nos habló del pasado de a poquito, sin querer decir mucho, sin confirmarnos absolutamente nada. «Si alguien supiera, si tan sólo algo se supiera», refirió la tía ante mi madre, bajo la luz estrecha del candelabro durante un ligero episodio de su memoria. «Si mis hijos hablaran, quién sabe qué cosa», pero la risa ya no le alcanzó para petrificar ese último legado de miseria, y a nosotros no nos habitó el menor recelo, sólo la furia de sus palabras que parecían esculpirse en el cuarto, sólo la rabia blandengue de nuestros pasos al abandonar la casa todavía incrédulos, mientras miramos el promontorio inútil del patio, haciéndonos los mismos, dejándolo ir.

Joaquín Filio (Mérida, Yucatán). Estudió Literatura Latinoamericana en la UADY. Escribe la columna «Invenciones de bolsillo» en *Novedades Yucatán*. Obtuvo mención honorífica en el Concurso Nacional de Cuento Beatriz Espejo 2016. Ha publicado en *Tierra Adentro*, *Punto en Línea* y *Marabunta*. Es autor de *Mediocre* (2019) y *Escafandra* (2020).

DIOSAS DEL FUEGO

Raquel Hoyos

Dicen que nació con la muerte atravesada en la garganta. Cuando la abuela Alicia sacó a su nieta, sólo el silencio ocupó todo el espacio en el pequeño cuarto. Mi madre se tumbó en el petate, exhausta, con los ojos cerrados, esperando escuchar el chillido de su hija. Se incorporó con dificultad y miró por encima de sus piernas la angustia en el rostro de la abuela y a la niña inerte entre sus manos. Entonces Alicia rogó a las diosas de la tierra, del viento, del agua y del fuego, también a la muerte y a las tejedoras de los hilos rojos... les hizo una promesa.

Mi abuela chupó y chupó de la pequeña boca, hasta escupir flemas negras y succionarle la muerte a mi hermana. Los pulmones se contrajeron de apoco y dejaron entrar la vida prometida. Verónica soltó por fin el grito, un dulce sonido para nuestra madre. Dio gracias a las diosas y no olvidó nunca el pacto.

*

La certeza de que Verónica estaba viva nos atravesaba el cuerpo. Ni las mariposas ni las lechuzas se había acercado a la casa para que creyéramos lo contrario. La abuela echaba las cartas todas las noches y repetía que aún sentía el aliento de Vero en este mundo, pero iba menguando y estaba por desaparecer.

Nos sentíamos impotentes, fragmentadas; que nos faltara una era como tener un agujero en el alma que no podíamos llenar con nada. Nos torturaba no poder cobijarla y saber que sufría; escucharla en sueños, sentir su dolor.

El presidente municipal no había querido recibirnos, ya había olvidado el preparado que le dimos para volver a cumplirle

a su esposa y a sus amantes. Sus policías nos daban todos los días la misma respuesta: «Seguro se fue con el novio. Luego regresa». Nos miraban con desprecio. En un pueblo tan pequeño cualquiera sabía quiénes éramos; nos señalaban y maldecían. Eran las mismas personas que llegaban hasta nuestra puerta a pedir ayuda, aunque a nuestras espaldas nos llamaran hechiceras, putas y todo lo que se les ocurriera. Sabíamos qué había dicho cada uno y también sabíamos a quiénes les supurarían las llagas en la boca, en la lengua o en el ano, dependiendo de qué tan fuerte hubiera sido el insulto que nos profirieran. Nos maldecían con los ojos, con esa mirada que se caía al suelo sin tocarnos un solo cabello.

*

Mi padre se fue porque mamá no le había dado un hijo varón, como si Verónica, de entonces dos meses, y yo, no importáramos. Pidió de comer antes de irse y un taco para el camino. Lo esperaba en otro pueblo una chamaca a la que ya le había echado el ojo. «Jovencita y pura; no gorda, vieja y guanga como tú, Martina», le dijo a mi madre. Dicen que a medio camino le dio un ataque y ahí quedó, regando la tierra con la espuma que salía de su boca.

La abuela sentenció que más ayuda el que no estorba y que el mal de amores es el mal del demonio; ese demonio que se te mete entre las piernas, reptar hasta el pecho y no te deja en paz. Tienen de dos, nos advertía, o lo matan o se mueren. Además, dijo, había que cumplir con la ofrenda, cuidar y honrar a las de nuestra sangre.

*

Horas sin dormir por la angustia. Prendemos velas, les rogamos a las diosas, le imploramos a la muerte. La abuela se

lamenta, se culpa. «¡Cómo no lo vi, qué ciega! Contra esos demonios, los más terribles, siempre es más difícil luchar».

Los demonios llegaron al pueblo con sus grandes camionetas, sus armas largas y pusieron a trabajar hasta a los más escuincles. Los demonios vestían lentes oscuros, camisas coloridas y usaban grandes cadenas de oro.

La abuela nos advirtió que anduviéramos con cuidado con esos hombres que de noche se perdían en el monte. Sólo las luces de sus camionetas resplandecían en la oscuridad, como grandes ojos siniestros. Construyeron una casa imponente, de bardas tan altas que nadie podía mirar qué hacían adentro —aunque todo el pueblo lo supiera—. La custodiaban perros guardianes que se paseaban de un lado a otro y chuleaban a todas las jovencitas que veían. La abuela Alicia hizo de todo para ahuyentarlos. Estos están bien amarrados con «aquél», nos decía.

Muchos años creí que no existía problema que la abuela no pudiera arreglar. Había peleado con la mismísima muerte para quitarle de las manos a Verónica. La vio a los ojos y le dijo que no se llevaría nunca a ninguna de sus descendientes, hasta que, muy ancianas, cerraran los ojos en sus lechos y encontraran el descanso en total paz. A cambio, en un trueque, los varones tendrían el privilegio de morir con la juventud aún en sus rostros.

Cuando muy chica, estuve a poco de morir ahogada; en el río perdí mi alma por aquel susto. Empecé a ponerme tan flaca que la ropa se me caía de los huesos. Entonces la abuela me llevó a las orillas y le pidió a las diosas del agua que me devolvieran el alma, aunque ya estuviera prometida. Ellas me la regresaron. Nada le negaban a Alicia. De haberme quedado atrapada en las aguas, mi cuerpo habría desaparecido, como le pasaba a mucha gente que no quería escuchar el consejo de mi abuela.

Cada una tenía sus dones. A mí nomás no se me daba eso de las cartas, pero podía detectar las dolencias en el cuerpo, darles calor con mis manos, sanarlas. Vero era la mejor con

las hierbas y los preparados. Mi madre recibía a las criaturas y ayudaba a las mujeres que quedaban en cinta para no hacerse de más chamacos.

Yo me había resignado a no saber de amores. Tenía miedo de encandilarme con algún sujeto y que se me muriera en cuanto engendrábamos una hija. Pero Vero sí era enamoradiza. Tuvo varios novios a los que no necesitó darles toloache. Cuando se cansaba de uno, lo botaba y al ratito ya salía con otro. Así hasta que apareció ese maldito que se la llevó. Le endulzó el oído con su lengua de serpiente. Bien sabemos que está en esa casa, detrás de los muros, igual que otras muchachas que han desaparecido en el pueblo.

Vienen las madres a vernos. Aunque saben que tampoco hemos podido recuperar a mi hermana, nos ruegan que hagamos algo. La abuela se desespera, se tira frente al altar y le ruega con todas sus fuerzas a las diosas del fuego, les pide otro pacto.

*

Salimos a la medianoche, sólo se escucha el canto de los grillos y el correr del agua del río. La abuela Alicia nos guía en la oscuridad absoluta, sus patas de guajolota saben el camino. Llegamos frente a la casa de los demonios. Los vigilantes nocturnos se van corriendo cuando ven la bola de fuego que va directo hacia ellos. El fuego cruza el muro, aterriza y después nos abre.

Lo más difícil fue quemar a los demonios que dormían acompañados, no queríamos lastimar a ninguna muchacha. Como lo imaginábamos, Vero estaba en el cuarto del líder. Con gran placer lo vimos retorcerse en el infierno en que se convirtió su habitación, como debe ser el destino de los demonios.

Esa madrugada, seis jovencitas del pueblo regresaron con sus familias. Los demonios y su casa se hicieron cenizas; otros

han querido tomar su lugar, pero le temen a la leyenda que dice que todas las vidas de los hombres que quieran hacer lo mismo, ya están prometidas a las diosas. Las diosas lanzarán el fuego y los consumirán hasta extinguirlos.

Raquel Hoyos (Puebla). Es autora de las compilaciones de cuentos *Maldita* y *El lado equivocado*. Sus relatos de ficción especulativa han aparecido en diversas antologías impresas y en revistas digitales. Este 2023 publicará con Odo ediciones *Imago*, ganador del primer premio de libro de cuentos Imaginación y Futuro, convocado por la MexiCona.

NOSTALGIA PROGRAMADA

Renata Uribe Sánchez

Ya ha pasado un buen rato desde que vendaron mis ojos con un paliacate a la orilla del Lago de Chapala. Roberto Ferreira, el dueño de la compañía, asegura que con dinámicas como esta, podremos ser, eventualmente, más ingeniosos para configurar algoritmos y desarrollar las llamadas habilidades blandas. Dice que, si bien no somos conscientes de ellas, podrían resultar incluso más importantes que la misma programación. Todo, por supuesto en beneficio de Minerva y su exorbitante desarrollo de inteligencia artificial. Yo no le creo. Aún sigo sin comprender, de qué sirve que cientos de trabajadores nos encontremos formados en una inmensa fila con el campo de vista nublado, solamente para caminar sin rumbo. Ahora mismo, mis dedos están entrelazados con dos manos desconocidas. No sé quien permanece detrás y mucho menos enfrente de mí, pero dependo de aquellos individuos y ellos a su vez, dependen de mí. Aunque en este momento ellos tampoco me reconozcan.

En medio de la desesperación, busco un poco de tranquilidad al saberme resguardada por personas que, aunque no pueda ver, son conocidas, deseo identificarlos. Intento olfatearlos para vincularlos con algún aroma conocido, uno que antes me haya rozado por casualidad, en el pasillo de la oficina, en medio de una junta o en la cafetería. Es en vano. Mis registros de esencias aromáticas aparentemente son inexistentes. Pero me sorprendo cuando descubro que el único aroma que sí recuerdo, que viene a mi memoria y recorre mis pulmones es el de Guillermo.

Guillermo huele a ingenio puro, o a máquinas. Nunca supe distinguirlo realmente. De sus rizos color marrón serpentean

destellos dorados que, en compañía de los autómatas, forman un caleidoscopio de colores metálicos. Tras pasar noches enteras dentro de los talleres de Minerva, su esencia adopta un toque robótico que se combina con el olor a madera, proveniente de alguna cortadora láser cuyo único objetivo es imprimir placas para todos los modelos en serie. Dicen que ese es nuestro sello. La madera es el único pedazo orgánico dentro de sus capas de acero, un recordatorio de lo biológico. De lo humano.

Guillermo y yo trabajamos para Minerva, la compañía de inteligencia artificial más notable del país. Sus instalaciones se encuentran, por mera coincidencia, justo al costado derecho del Teatro Degollado, en lo que alguna vez fue el Palacio de Justicia. Es un poco extraño y peculiar que los creadores de la compañía no hayan derrumbado el lugar para construir uno totalmente nuevo, si no que conservaron el edificio, de casi ochenta años, y lo atiborraron con los aparatos más modernos y sofisticados; computadoras cuánticas, autómatas, robots ayudantes y un sin fin de máquinas procedentes de todos los rincones del mundo comenzaron a llegar a Guadalajara tan pronto se fundó la compañía. Después de eso, sólo fue cuestión de tiempo para que en Minerva confeccionaran las tecnologías más complejas de nuestros tiempos.

A pesar de hallarse en el corazón de la ciudad, todo lo que ahí se ingenia se encuentra completamente oculto a los ojos de la población, y sólo quienes ahí trabajamos afirmamos de primera mano que el progreso de las invenciones tecnológicas, en esta era, no tiene fin.

Dentro, las habitaciones arcaicas están adornadas por una selva de metal que se extiende a lo largo de los corredores, pues muchos de los autómatas se pasean libres como trabajadores ordinarios. ¡Cómo me encanta existir ahí dentro! Combinar el pasado y el futuro. Ver robots y laberintos de paredes enmohecidas. Es extraño concebirlos juntos, conviviendo todos en un mismo espacio.

Olfateo, porque entre los cuerpos más cercanos tengo la esperanza de reconocer a Guillermo, pero no tengo éxito. Ninguna de las personas a mi lado resguarda su aroma. Aunque ya hemos caminado por mucho tiempo, la travesía parece formar una secuencia infinita de caminos o quizás, uno solo que en realidad está interconectado, vinculado a sí mismo. Atado, como una serpiente que se muerde la cola, y es que con los ojos vendados jamás lo sabremos. Quiero detenerme para descansar. Estoy exhausta y me limito a aferrarme a la mano amiga de adelante, no quiero soltarla, de hacerlo, me perdería irremediabilmente en medio de esta ecuación de oscuridad.

A veces nos hacen correr tan rápido que debo engancharme a sus manos fuertemente para no separarnos. Lo cierto es que esta dinámica sólo evoca memorias de mi niñez. Recuerdo haber jugado a las escondidas con mi madre. Su mascada cubriéndome los ojos mientras caminaba por todo el lugar gritando su nombre. A decir verdad, no creo haberle ganado ni una sola vez. Nunca pude encontrarla. Pasados unos diez minutos de mi fracasada búsqueda, salía de su escondite.

La idea del recuerdo me reconforta lo suficiente como para seguir. Tal vez éste es el sentido de la actividad: vendar los ojos para buscar en la memoria y que el pensamiento no pueda escaparse por las ranuras de nuestras pupilas. Recorrer los códigos de nuestra cabeza y en ellos encontrar alguna clase de revelación.

Me concentro y pienso en algoritmos, aquellos que ni siquiera cuentan con visión computacional. Así debe ser el mundo para ellos, como una venda en los ojos, existiendo dentro de su propia conciencia para cumplir su función objetivo. En ocasiones me pregunto cómo una serie de palabras estratégicamente superpuestas, son capaces de otorgar tanta vitalidad a un enredo de cables, engranes, tornillos, perfiles y motores. Es inconcebible. Me recorre un vago escalofrío que se extiende por mi espalda en forma de corriente.

El piso es irregular. Caminamos por pequeños montículos y otras veces por bifurcaciones y hundimientos. Estoy tan cansada que quiero pausarme. Soltar es tan sencillo y pondrá fin inmediato a la tortura.

Entonces recuerdo la última dinámica, cuando insistieron en llevarnos a la Laguna de Sayula y nos obligaron a nadar, Martín desertó justificándose en su poca experiencia para flotar por prolongadas distancias en un lago tan profundo. No exageraba. Abandonó la compañía semanas después.

Muchos aseguran que fue él quien presentó su carta de renuncia, pero yo creo más bien que Roberto lo despidió por ese pequeño incidente. Así era él. No podía tolerar que alguien se opusiera a sus órdenes. Y sobre todo cuando se trata de actividades como esta. A su parecer eran fundamentales.

Pensar en esta historia me inquieta. Concebir tan siquiera que puedan echarme, tener que sostener e inventar excusas con Roberto, simplemente me aterra. Entonces mi mente se vuelve más fuerte y cualquier signo de derrota se desvanece. Comienzo a correr y dirijo a la infinita fila que me precede.

Transcurren unas horas y seguimos caminando.

Continúo. No hay fatiga ni cansancio. No. Incluso las personas a mi alrededor se advierten idénticas. Sus manos me estrujan más fuerte y logro escuchar la cadencia de sus pasos intrépidos y determinados. Es como si su conciencia también los haya inspirado. Quizás hallaron un recuerdo que, como el mío, los atormenta o aconseja para continuar.

Somos invencibles, no soltamos ni aminoramos el paso. Al cabo de unos minutos, el movimiento se detiene y permanecemos estáticos. Manos y cuerpos amigos nos guían hasta lo que parece ser un plano. Me siento sobre el césped empapado y respiro muy hondo.

Por accidente, el paliacate resbala de mi rostro y abro los ojos. Me descubro bajo el cielo estrellado de Jalisco, mientras una voz lejana repite: «Somos polvo de estrellas». Su dulce voz

apremia la resiliencia recién puesta a prueba por cada uno de nosotros. En ese momento me fusiono con la bóveda celeste y comienzo a brillar. Contemplo mis brazos que transportan corriente por venas que en realidad aparentan ser cientos de cables recubiertos por una capa metálica. Brillo y me es difícil distinguir la realidad. Parezco una máquina, o simple polvo de estrellas.

Renata Uribe (Pachuca, Hidalgo). Es estudiante de Ingeniería en Ciencia de Datos y Matemáticas en el Tecnológico de Monterrey. Ha participado en diversos talleres de creación literaria, ciencia ficción y literatura, entre ellos en la Cátedra Max Aub de Arte y Tecnología de la UNAM, participando en el Laboratorio de Futuros Posibles y en el Seminario de Escritura Ci-Fi. Ganadora del concurso de ensayos sobre Elena Poniatowska organizado por Pasión por la Lectura del ITESM.

LA CIUDAD DESHABITADA

Leopoldo Orozco

*Porque todo lo que hay en mí está a merced
de esa ciudad que es mi origen.*

Thomas Bernhard

I

Enterramos a mi padre hace poco más de un año. Una de las últimas cosas que nos pidió antes de morir fue que lleváramos su cuerpo a la ciudad donde nació y, al parecer, donde vivió los años más felices de su vida. Según nos dijo, quería descansar en lo que él llamó un lote pequeño en el cementerio municipal, donde yacían además los restos de sus dos padres y de uno de sus hermanos.

El lote, nos recalcó muchas veces, llevaba un número específico, y quedaba en la ladera de una loma desde la que, según él, podía verse el barrio donde creció. Mi padre tenía una memoria impresionante para las cifras, los rostros, las escenas. Tal vez porque siempre lograba hallar lo significativo de cualquier situación: podía decantar lo real de todos los hechos. Por ejemplo, nos contó alguna vez del día que enterraron a su padre: se distrajo del féretro que bajaba suspendido entre cuatro mecates amarillos, para ver cómo pasaba una parvada de zanates. El intenso color negro lo hizo pensar en aquel hoyo profundo, y verlos tan de cerca lo obligó a reconocer que no vería a mi abuelo nunca más. Sólo entonces, en sus palabras, se abandonó al llanto.

De su boca aprendí muchos nombres de pájaros. De esas especies, no logré ver ninguna. Zanates, colirrojos, pardillos. En

mi imaginación, todas aquellas aves tenían que ser rojas, de picos amarillos y antifaces marrones, y resaltarían entre las copas de los árboles como manzanas a punto de soltarse de sus ramas. Todas iguales, menos los negros zanates que sobrevuelan los velorios, que obligan a los niños a mirar la muerte.

Tal vez por eso mismo, porque ya no soy un niño, nada voló para mí sobre su tumba recién cavada. En esta otra ciudad en la que nos crió a los cinco, en cuya tierra descansa su cuerpo, sólo alcanzan a verse, de vez en cuando, palomas hinchidas de basura, hacinadas sobre las vigas altas o alrededor de migajas caídas.

Nuestra familia huyó de la ciudad primera hace tantos años que mi padre no parecía recordar la fecha exacta. O al menos eso nos decía todo el tiempo. Pero yo nunca le creí. Más bien me daba la impresión de que no quería contarnos algún detalle sobre la migración definitiva de nuestro apellido. Él lo recordaba todo. Yo sabía que decir «no me acuerdo» era su forma de callarse las cosas.

Muertos sus padres, sus hermanos y él abandonaron el hogar, quién sabe en qué condiciones. Todos murieron lejos, hasta donde supe. De la existencia de mis tíos sólo nos llegaban noticias cuando morían, a veces desde el otro lado de la frontera, a veces abandonados a su suerte, huyendo de quién sabe quién, desde algún pueblo vecino. Mi padre era el último que quedaba.

Estuvo hospitalizado durante tres meses, y agonizó los últimos tres días. Cuando apenas empezó el tratamiento y parecía estar funcionando, le pedí que me contara la ciudad, que me la describiera tan bien como pudiera.

Empezamos un día bueno. Estaba de buen humor, y por la ventana de su cuarto de hospital se colaba un calor agradable. Puso la televisión en silencio y comenzó a hablar mientras su rostro encaraba la pantalla muda y dejaba caer, a tanteos, el

control sobre la mesa de noche: *hay una calle que la cruza toda, tiene un camellón lleno de hierba y la atraviesan palmeras altas...*

Su voz monótona me quería hacer cabecear, pero seguí su relato lo mejor que pude. Escribí tan rápido como me permitieron las manos. Lo que hubo que dibujar, lo tracé con líneas inseguras. Paralelas, camellones, rotondas. Al cabo de un par de días, tuve algo parecido a un mapa. Un mapa con nombres de calles, jardines, un par de escuelas. Anotaciones personales: *aquí me partieron la madre una vez, los hijos de los Abasolo, por besar a tu madre; acá yo esperaba que saliera tu abuelo del trabajo, y comíamos antes de que empezara mi turno; acá comienza la loma, el cementerio municipal. Ya saben, hay un lote ahí que es de nosotros, sólo digan su nombre y habrá alguien que los lleve a su pertenencia.*

Cuando acabamos el mapa, lo llevé a casa, cuidadosamente doblado, entre las páginas de un cuaderno. Conseguí una cartulina y lo copié a regla y pluma, con las anotaciones detrás, pensando que tal vez algún día podría yo hacer el encargo. Aunque mi padre ya casi no veía, le mostré el mapa terminado y dijo que estaba bien, que así lo recordaba todo. Ahora me pregunto qué tanto habrá podido ver de mis trazos, si no lo decía tan sólo para hacerme sentir contento, con el triunfo de haber logrado rescatar alguna cosa.

Días después, cuando comenzamos a pensar que se recuperaba, se le llenaron los pulmones de agua. Por más que intentaron rescatarlo del ahogo, murió sin habla, sin poder despedirse de nosotros.

II

Si lo hubiéramos cremado, tal vez habría podido llevarlo conmigo. En mi maleta todavía quedaba espacio suficiente para meter una urna pequeña con sus cenizas dentro. Pero el

agujero en el que lo metieron es demasiado profundo, y la caja en la que lo encerraron, demasiado pesada.

El pequeño ahorro que logré juntar me alcanzó para el camión de ida y vuelta: dieciséis horas, con sus paradas continuas para comer de menús nauseabundos en gasolinerías casi abandonadas, para dormir en cuartos inundados de chinches, en pueblos de paso apenas tocados por el polvo. Estaba dormido cuando entramos en la ciudad y sólo me despertó el barullo de los pasajeros que se alzaban de sus asientos y se estiraban con disgusto.

Cuando bajé del transporte, la ciudad no estaba ahí. Al menos, no la ciudad de mi padre. Era la misma ciudad de la que habíamos partido hace dos días, la misma ciudad que es, al mismo tiempo, todas las ciudades grandes: igual de sucia y abarrotada, en constante expansión por todas direcciones. Hacia arriba, con rascacielos; hacia los lados, comiéndose los pueblos vecinos. Las mismas cadenas de comida rápida, la misma especie de palomas grises, los hoteles de paso y de lujo, los desastres viales.

Hablé con un guardia. Le pregunté por esa avenida con el camellón lleno de hierba. No supo de calles centrales, ahora todas daban a todos los sitios. También habían cambiado de nombre. Las calles con nombres de santos dieron paso a las de próceres nacionales, de numerales, de ciudades europeas. Afuera, entre los edificios que cercaban la estación, no se veía ninguna loma, ni nada que se le pareciera: todas, al parecer, habían sido aplanadas para dar espacio a las plazas comerciales, a los distritos industriales. La cadencia en el habla de la gente, del barullo comunal, tenía en su centro algo de la voz mestiza de mi padre, diluido su acento por el viaje de años, por el olvido de sus congéneres.

Salí de la estación. Compré un mapa en un puesto de periódicos. Lo que ahora llamaban ciudad era por lo menos el triple de grande que en ese entonces. Ni siquiera en la dispo-

sición de las calles logré encontrar similitud entre el ahora y mi mapa dibujado de memoria. De entre todos, sólo quedaba un nombre reconocible: la calle que ahora es Abasolo, donde vivían los hermanos que alguna vez lo golpearon. Imaginé que aquella familia habría dado algún diputado famoso. La avenida principal, cruzada de palmeras, ahora era una calle más de entre las miles. Según la memoria de mi padre, ahí tendría que empezar la loma.

III

Paro un taxi: *lléveme acá*. Nos vamos acercando poco a poco. Nada. Ninguna de las calles termina en muros altos ni en las rejas de metal que resguardan las tierras bendecidas. El aire se siente pesado, espeso. Me parece oír un silbido, un batir del aire que me hace comprender de una vez por todas: la ciudad quedó deshabitada con la muerte de mi padre, y yo no puedo ser en ella más que un simple extranjero. Seguimos avanzando. Siento que el camino se alarga hasta no acabarse nunca. Trago saliva. Escucho una voz en el asiento del conductor, una voz como un aleteo que parece venir de más lejos, más allá de la ciudad y de su gente: *dicen que aquí empezaba un cementerio, pero que lo movieron de lugar hace mucho; cuentan que hubo restos sin reclamar y que acá los dejaron, bajo el concreto de la plaza; dicen que espantan en la noche, que nadie sabe de dónde salen, pero suenan los chirridos de unos pájaros negros sobre las casas*.

Leopoldo Orozco (Ensenada, Baja California). Narrador, ensayista y traductor. Es autor del libro de minificciones *En la cuerda floja* (Reverberante, 2020), de la plaquette de ensayos *Cinco autorretratos en ausencia* (Fósforo, 2021) y del poemario *Relicarios* (inédito).

BORRAR LOS NOMBRES

Gabriel Rodríguez Liceaga

Ojo, antes de perder el olfato, a los pacientes les sobreviene un muégano de olores evocados aleatoriamente. En el caso de este hombre: a medicina, a cosas blancas blandas, a cubetas repletas de agua olvidadas en una esquina, a peluca quemada, a una costra de cerilla que el oído expulsó en silencio, a perros aseados en grupo, a un perfume que caducó, al sudor del ser amado en eventos donde nada tuvo que ver la concupiscencia, manos oscuras llenas de cáscaras de naranja. Hay más: olor a maquinaria estropeada por exclusivo y contundente desuso, al vientre encendido de los coches, al Paso del Conejo empapado con agua de tres lluvias en un mismo día, olor a tramos largos de chapopote seco, a un cigarro que se consumió sin otra intervención humana que la de haber sido encendido, a melón hecho agua, a malta en las calles con nombres de Lagos en la ciudad de México. Hay un par más: el olor de la leche bronca, el de la parte de atrás de las rodillas, olor a lupanar acapulqueño, a una pastilla de jabón sucia y con pelos, los olores de las zonas más apartadas del rostro que siguen siendo rostro.

Los escritores son los clientes con quien más trabajo cuesta concretar el proceso, se sabe. Capaces de sostener el olor de una rosa en la mano, siguen evocando y traduciendo en palabras el sabor de un caramelo aunque ya se les haya extirpado la lengua entera. Que es justo el caso del protagonista de las evocaciones referidas en el primer párrafo de este oficio. Ricardo Saviñón Luz, a quien en lo sucesivo se me exige llamar el Paciente. Millonario por herencia. Autor de una decena de libros tan cursis como reeditados —yo leí un par—. Setenta y seis años con once meses de edad. Mexicano, de la capital de Oaxaca.

Padre de dos hijas, ahora madres de familia. Ambas lejos, en Australia y Alemania. Seis nietos adolescentes con los que mantiene nulo contacto. Viudo. Se le cauterizaron ya las heridas y llagas en la garganta, no registra reacciones al horrible o sabroso sabor de las pomadas cicatrizantes. Alimentado de forma intravenosa, se jura aún dueño de una lengua rinconera y saludable, competente al saborear una salsa picosa o una piedra de jícama. Hace monstruosos ruidos solicitando agua o que se le coloquen más almohadas. No se ha percatado de que carece ya de lengua. Lo dicho: los escritores son necios, aprecian demasiado su organoléptica forma de traducir al mundo en palabras.

Ha sido un caso interesante, pues posteriormente se procedió a retirarle, en las sesiones habituales, el sentido del olfato. Más el hombre ahonda con uñas y dientes en una evocación: el tufo de su padre en las mañanas. Olor a lo que se queda atorado entre las muelas de un señor borracho y cincuentón. En las entrevistas mnemónicas preliminares fue multi referido su siguiente recuerdo: cuando era un *chiquillo* y coleccionaba los mondadientes que el brutal padre abandonaba en diferentes lugares de la casa. El Paciente tomaba el palillo —empapado, romo y quebrado— y lo escondía recargado en las paredes interiores de su cachete, no sin antes olfatearlo como queriendo robarle la esencia. Tenía un par de álbumes fotográficos repletos de palillos clasificados religiosamente por día, mes y año. Su repertorio se perdió en una inesperada mudanza a la capital. Esta mañosa reminiscencia no afectará el resto del proceso, que en lo sucesivo será denominado El Programa, mismo que se espera proseguir sin retrasos y a tiempo para el cumpleaños número setenta y siete del Paciente, de acuerdo con su solicitud y monto cubierto al cien por ciento.

El sentido de la vista es el que se retira, a mi parecer, de la forma más romántica. Sentado en un cómodo asiento se le

colocan al Paciente una especie de gafas que, asidas suavemente a los párpados, no le permiten pestañear a la par que mantienen humectados sus ojos. Una tecnología poco estética pero efectiva. Básicamente se le pone cinta adhesiva en los párpados y yo tengo que ponerle gotas cada tanto. Enfrente del Paciente aparecerá el sol desempeñándose en su oficio diario de poderosa estrella agonizante. Conforme transcurre el día se van achicharrando las pupilas del Paciente, en silencio y con paciencia. El asiento, ya se imaginarán, es reclinable. Lampareado hasta la ceguera, el Paciente observa por un instante lo que yo llamo «el rostro secreto del Sol»; lo que se oculta detrás de tanto fulgor. «Cuando era chico imaginaba que el Sol era un monstruo», comentó el Paciente en turno en las entrevistas mnemónicas preliminares.

¿Qué habrá visto nuestro connotado autor de dramas traducidos, mayormente, a malas películas palomeras?

Hubo para quien el Sol se transformó en una enorme rodilla anaranjada llena de pliegues y marcas de doblez. Se registró otro cliente para quien el astro se presentó como un moretón que sin prisa fue desapareciendo de la piel del cielo, lo que vio allá al fondo fue el golpazo imaginario, un puño cerrado. Hay registros de clientela que observa al Sol como una fruta partida de tajo, con todo y semillas y gusano hambriento. Chiribitas que danzan un vals, fieras de luz, nata de albores, una emanación de partículas sutilísimas. El gesto secreto del sol, ¿será mofletudo como en las artesanías de carretera? Los hay que se topan de frente con el color que no existe en este mundo. Lloran emocionados al reconocer cabalmente el límite de todo lenguaje, de todo idioma. Probablemente sientan que forma parte de un misterio, pero ya no hay vuelta atrás, están incapacitados de comunicar su experiencia. Qué envidia. Conforme el ojo se quema, el mundo se vuelve algo así como una fotocopia malograda de la que se sacan más fotocopias. Y luego aún más fotocopias. Moneda pasada por demasiadas manos, el

círculo del sol hace su bello trabajo en el Paciente, al que sólo le resta ponerse cómodo y mearse encima mientras el sol se va desnudando como un ser intoxicado: sin orden ni estructura. Primero un zapato, luego la camisa por encima del suéter y así. Una mata despeinada y blonda te come a cucharadas los ojos. Imaginemos que tomamos una hoja de papel y le perforamos círculos diminutos, innumerables círculos diminutos; hasta que ya no tenemos página. Nunca existió esa página. Al final quizá haya un túnel. ¿Qué hay? El rostro de dios, su pupilente, una luna, un pezón detalladísimo que presiente frío. ¿Qué?

Informo que en el caso del Paciente, el pañal provisto realizó sus labores con eficiencia. Al ser humano que redacta este informe, y que en lo sucesivo será denominado el Amanuense, siempre le ha parecido un símbolo indestructible que, a partir de esta segunda etapa de El Programa, a la clientela se le coloque dicho pañal y propone, con riesgo de ser amonestado, que tal elemento sea integrado con mayor relevancia en el logo y la comunicación masiva de la empresa.

Los ojos del escritor se quemaron en el periodo entre las siete de la mañana con quince minutos y las dos de la tarde con cuarenta y siete, Horario de Verano. Buen tiempo, sin amenaza de lluvia y con el sol a pleno. No hubo balbuceos ni desasosiegos físicos notorios. El hombre está completamente sudado pero en paz, ha sido el suyo un tránsito calmo. Se recopilaron las muestras de llanto pertinentes, se realizaron las pruebas de cajón y se afirma que el Paciente carece ya del sentido de la vista.

Le advierto al revisor: utilizaré este caso para pedir un bien merecido aumento.

INFORME SUMARIO

Se comunica por medio de este oficio que el contrato convenido con Ricardo Saviñón Luz, a quien en lo sucesivo se le denominará **El Paciente** y la empresa Primer Animal Metafísico S.A de C.V., que proporciona el servicio, que en lo sucesivo será denominado **El Programa**, representada por su apoderado legal el Lic. Efrén Morales, quien para los mismos efectos en adelante se denominará **El Segundo Amanuense**; ha llegado a una exitosa conclusión.

Declara **El Programa**:

1. Que es una sociedad mercantil constituida y existente al amparo de las Leyes de los Estados Unidos Mexicanos, debidamente inscrita en el Registro Público del Comercio Funerario de esta Ciudad de México.
2. Que el anterior encargado del **Paciente**, el que a partir de ahora se denominará el **Primer Amanuense** fue completamente retirado de su cargo a la mitad del proceso debido a que su intervención durante **El programa** fue negligente y subjetiva. Sus intervenciones, opiniones y alegorías son tajantemente innecesarias y estorbosas. Se anexa a este informe sumario un par de ejemplos de las páginas registradas por el **Primer Amanuense** en su Bitácora Personal y Obligatoria. Se informa que dichos párrafos, inicialmente ininteligibles, fueron pasados por las manos de uno de nuestros correctores de estilo con el objetivo de hacerlos útiles para este registro. El documento que entregó el ahora desempleado destacaba por su desorden sucesivo y uso ilegal de metáforas. Se le negó al **Primer Amanuense** una carta de recomendación y un finiquito íntegro.
3. Que al **Paciente** se le extirparon uno a uno los sentidos en este orden: gusto, olfato, vista, oído y tacto.

4. Que el **Paciente**, después del concierto destinado a debilitarle el oído por capas, se encuentra estable dentro de una de nuestras cápsulas de bloqueo del tacto. Flota en gelatina rodeado de los demás **Pacientes**, sin concepción de que existe un arriba o un abajo o de que fueron millonarios en vida o del aliento de sus padres o de que un cáncer maligno le está devorando ambos pulmones. Metáfora aparte, se podría decir —con riesgo de cometer el mismo error que mi predecesor— que su mundo es un calcetín volteado. La existencia rebota a su alrededor, ha comenzado para el cliente la fiesta perpetua del mundo. No distingue ya tampoco la voz humana de los demás sonidos, anexo resultados de pruebas. Su cerebro ya no se enfoca en ningún sonido, en ningún color, no distingue entre uno y otro. La ecolocalización se ha concretado con pertinente éxito. Un par de días más expuesto a **El Programa** y podremos declarar al **Paciente**, de nuevo, un bebé.
5. Que una vez completado **El Programa**, el Paciente morirá pensando que está en el vientre de su madre. Todos los sentidos se volverán uno. Oler con el tacto, ver con la piel, sentir con los ojos. ¿Habrá forma más bella de morir?

*Ciudad de México, a 7 de agosto de
(ilegible en el original)*

Gabriel Rodríguez Liceaga (Ciudad de México). Autor de los libros de cuento: *Niños Tristes* (Premio María Luisa Puga de Cuento 2010), *Perros sin nombre* (Premio Bellas Artes de Cuento San Luis Potosí 2012), *¡Canta, herida!* (Premio Agustín Yáñez 2015). Además de las novelas *Balas en los Ojos*, *El siglo de las mujeres* y *La felicidad de los perros del terremoto* y el libro juvenil *Hipsterboy*.

MI MADRE, LA LOCA

Ana Luisa Chapa

A veces, cuando veo a los niños jugar en el parque de enfrente con sus madres, un anhelo me invade el pecho. Yo no conocí a mi madre hasta los doce años y, antes de eso, todo contacto que tuve con ella fue solamente a través de una puerta cerrada con candado.

Vivíamos en una casona grande de esas de antes, con ventanas alargadas que parecían puertas, techos altos adornados con vigas de madera vieja, pasillos largos y oscuros, llena de ecos fantasmales. La casa la habían heredado mis padres después de fallecer mi abuelo. La cláusula era que debíamos cuidar de ella, aunque siempre me pareció demasiado grande para nosotros, sólo éramos mi padre, Chelo, que nos ayudaba con un poco de todo, mi madre y yo.

Vivir ahí no estaba tan mal, como niño, tenía mi espacio, muchos escondites y lugares secretos que descubrir. Papá no era tan estricto como otros padres y me dejaba jugar a mis anchas. Solamente tenía una regla para mí, y era en lo único en lo que no transigía: no podía, bajo ninguna circunstancia, entrar al cuarto del ático. Ahí es donde vivía mi madre y ella estaba enferma.

Esto era bien sabido, todos conocían la historia de la loca que vivía en nuestro desván. Esposa del abogado, que un día enloqueció y dejó de salir. Muchos criticaban a papá por mantenerla encerrada en casa en lugar de llevarla a algún hospital, otros se compadecían de él por esa cruz que tenía que soportar. Él, por su parte, era como una válvula bien cerrada, y no hablaba de eso con nadie, ni siquiera conmigo.

Había muy pocas personas que venían a la casa, contactos de papá del trabajo o algún familiar que venía de visita. A veces

venían amistades viejas de mis padres, que parecían estar aquí sólo para obtener un vistazo de lo que pasaba dentro de la casa. Papá los atendía con cortesía a todos, pero su actitud taciturna poco ayudaba a satisfacer sus ansias de curiosidad.

Ni siquiera yo, que vivía en la casa, sabía con certeza lo que pasaba porque papá se rehusaba a hablar de cualquier cosa relacionada con mi madre y lo que había pasado. Pero la pregunta me seguía acosando: ¿qué era aquello que achacaba a mi madre, eso que la hacía gritar y arañar las paredes?

Gracias a sus gritos, la casa cobraba vida por las noches. Como si las paredes anchas vibraran con su intensidad. Yo me despertaba, arrancado del sueño por las garras de aquella locura y volvía a la oscura realidad. Sentía la pijama pegada a mi piel por el sudor y me quedaba petrificado escuchando. En ocasiones, los gritos se repetían por varias noches seguidas.

Aunque no importaba cuánto los escuchara, aquellos gritos siempre me impresionaban. Algunas veces me escondía bajo las sábanas y cerraba fuertemente los ojos esperando que terminaran. Otras, la curiosidad me ganaba. Me levantaba descalzo de la cama y salía como hipnotizado al frío pasillo. Seguía el sonido de aquellos gritos, y veía a mi padre yendo hacia el ático, subía las escaleras y daba vuelta en el pasillo. Yo lo seguía sin hacer ruido y me quedaba en las escaleras viendo como entraba al cuarto con una lámpara para dedicarle unas palabras tranquilizadoras.

Una de las pocas veces que llegó a abrirse conmigo, me dijo que ella era el amor de su vida, que por ella haría lo que fuera. Yo podía notarlo en sus ojos tristes, en cómo iba a verla durante el día cuando tenía oportunidad, porque a veces tenía tanto trabajo que se encerraba en su estudio por horas y no salía hasta la noche, más ojeroso y desmejorado. Era un buen hombre que cuidaba de mí, de su esposa trastornada, trabajaba y además soportaba las críticas de otros.

En casa trataba de ser un niño obediente, para no darle problemas. En la escuela era otra cosa. Tenía pocos amigos y ninguno de ellos tenía permitido venir a mi casa o invitarme a la suya. Alrededor de mí se creó un tabú que se volvió más asfixiante con el tiempo. Y cuando el acoso fue demasiado, mi padre tuvo que sacarme del colegio y contratar a una maestra particular que viniera a enseñarme.

Mientras más tiempo pasaba en la casa, más crecía mi curiosidad. Hubo varias veces en que subía hasta el ático y me quedaba plantado ahí en aquel pasillo tan sólo mirando la puerta e imaginando qué habría al otro lado. La miré por tanto tiempo que podría haber descrito cada detalle con los ojos cerrados. Una vez llegué a tocar el picaporte, pero no entré, la puerta estaba cerrada con llave. Sólo papá o Chelo podían entrar y ninguno me dejaba acercarme cuando le llevaban la comida.

«Es por tu propia seguridad» decían. Y aun así yo no podía entender por qué no podía ver a mi mamá, ¿en verdad estaba tan desquiciada como todos decían? ¿Por qué estaba así? Eso llegó a trastornarme a tal grado que un día le pregunté a mi padre si eso que tenía mamá podría heredarlo.

—No, hijo, lo que tiene mamá no se hereda —dijo con voz pausada mientras me rodeaba con su brazo flacucho—. Ella empezó a enfermar poco después de que tú nacieras.

—¿Y es contagioso?

—No, no lo es.

—Entonces, ¿por qué no puedo verla?

—Porque es peligroso, ella no está en sus cabales. Quizá cuando seas mayor.

—¿Y por qué no la llevas a un hospital? —pregunté y sentí cómo su brazo se tensaba sobre mis hombros.

—Ella está mejor aquí, dentro de esta casa.

Cada vez que podía, le preguntaba a Chelo por mi madre porque quería saber cómo había sido, aunque en el fondo

siempre esperaba que me revelara algún dato de lo que había pasado. Quería saber más, no podía seguir soportando ese secretismo bajo el que me obligaban a vivir, pero sus respuestas eran siempre vagas.

—Tu madre era una mujer bondadosa —me contó un día mientras estábamos en la cocina. Parecía distraída y, creo que ansiaba platicar con alguien, porque fue como si las palabras se le escaparan sin pensarlo—. Cuando naciste fue muy feliz, no se separaba de tu lado. Pero un día... ¡Ay, ese maldito animal!

Su mirada se perdió a través de la ventana, hacia el cielo nublado. Yo también me volví, pero no vi nada.

—¿Cómo dices?

—Digo que un día llegó esa enfermedad y no volvió a ser ella misma. Ándale, sigue pelando papas.

Desde entonces, la casa estuvo rodeada de un ambiente melancólico, tranquilo durante el día e insoportable por las noches. Y conforme pasaba el tiempo las cosas empezaron a empeorar. Después de cumplir mis doce años mi padre me llamó un día a su oficina para decirme que no podía seguir pagando a mi maestra, que trataría de enseñarme él en sus ratos libres, que el dinero estaba escaseando, pero que estaba haciendo lo posible para que esa etapa no durara mucho.

Chelo se quedó a nuestro lado más por el cariño que sentía por nosotros que por el dinero. Y a pesar de que mi padre lo prometió, cada vez lo veía más ojeroso y pálido, y empecé a temer que estuviera enfermando él también. ¿Qué iba a hacer si me quedaba sin él? ¿Me enviarían a un orfanato? ¿Qué pasaría con mamá?

Se veía cada día más demacrado, con la piel pegada a los huesos. Empezó a llevar suéteres dentro de la casa, aunque estábamos en pleno verano. Era solo un niño, y aun así pude intuir que de alguna manera todo tenía que ver con mamá. ¿Se estaría deteriorando su salud? Algo estaba pasando, algo

había cambiado, mas no lograba entender qué era. Cada día que pasaba mi desesperación y mi temor aumentaban. Uno de esos días, escuché a Chelo y a mi padre susurrando en la cocina:

—Ya no puede seguir haciendo eso, lo está debilitando.

—Es que no puedo conseguir tantas como antes, cada vez me cuestan más dinero.

—Lo sé, pero si sigue así todo esto terminará por acabar con usted.

Fue todo lo que alcancé a escuchar, y fue suficiente para que yo decidiera romper la única regla que mi padre me había impuesto. Mi oportunidad vino unos días después, cuando vi que mi padre salía de casa y que Chelo estaba en la cocina preparando la cena. Así que aproveché el momento y fui a su estudio para sacar la llave.

Él no tenía idea que una vez lo había visto guardarla en su cajón cuando creía que no estaba viendo. Así que subí con ella por las escaleras angostas con el pulso acelerado, un miedo y una extraña determinación que me empujaba a seguir. La llave temblaba en mi mano y cuando estuve frente a la puerta como tantas otras veces, me paralicé. Aquel pasillo parecía más angosto que antes, como si las paredes mohosas fueran a oprimirme.

Me acobardé por un momento, pero me obligué a seguir porque tenía que saberlo. Metí la llave a la cerradura, giré el picaporte, y con esfuerzo logré abrir aquella puerta tan pesada solo para quedar cara a cara con una oscuridad ominosa. Di un paso dubitativo buscando el interruptor, sin poder encontrarlo. El pánico reptaba por mi cuerpo mientras empezaba a distinguir sombras y objetos; vi una cama, y una mesita de noche, una silla vacía y luego unos ojos rojos.

Di un brinco, porque de la penumbra se acercaba una bestia que gruñía. Todo mi cuerpo temblaba. El ambiente olía rancio, a sangre, podredumbre y humedad. Seguí palpando desespera-

damente para encontrar la fuente de luz y cuando se encendió escuché un alarido desgarrador.

Lo que vi me heló por completo hasta los huesos. Una mujer de piel blanca casi violácea, cabello negro y largo, enfundada en un vestido amarillento, que me miraba con ojos hambrientos. Sus ojos eran hipnotizantes, aunque mi atención se fue hacia sus labios carnosos, manchados de sangre seca que bajaba por su cuello hasta su vestido.

Me dedicó una sonrisa siniestra dejando al descubierto sus afilados dientes. Soltó un ruido extraño, feroz, y se lanzó hacia mí. Me quedé tan horrorizado que no pude moverme. La miré, esperando lo peor, hasta que ella se detuvo de golpe y cayó al suelo. Soltó unos alaridos como los que yo había escuchado todas las noches. Entre las tablas crujiendo de madera vi el grillete que aprisionaba su tobillo y lo conectaba con una cadena hacia una de las vigas más alejadas de la habitación.

Olvidé cómo respirar, era como si la oscuridad me absorbiera. Entonces unas manos cálidas me tomaron por los hombros y me sacaron de ahí. Papá apagó la luz y cerró la puerta detrás de nosotros con llave. Me abrazó y lloró conmigo por mucho rato. Ese día no llevaba suéter y pude ver las marcas de agujas en sus brazos ya amoratados.

*

Siempre que vuelvo a recorrer el pasillo recuerdo aquel día, la primera vez que vi a mi madre. Ahora sólo quedamos yo y los arañazos chirriantes en las paredes, que cada vez se hacen más débiles. Abro la puerta y ahí está ella, igual que aquel día, sin envejecer ni un ápice. Hace semanas que he dejado de llevarle sangre y la veo más pálida, sus ojos antes feroces me miran ahora suplicantes. Me duele verla así, moribunda y macilenta, pero creo que es lo mejor.

Desearía que papá estuviera aquí, que ella no lo hubiera secado como a un animal. Salgo y cierro nuevamente la puerta. Sus gruñidos me acompañan hasta las escaleras, mientras veo las cicatrices en mis propios brazos y deseo, con tristeza, que todo acabe pronto.

Ana Luisa Chapa (Monterrey, Nuevo León). Licenciada en Relaciones Internacionales, apasionada lectora y escritora de historias de terror, fantasía y ciencia ficción. Cursó algunos talleres de cuento y novela en la escuela de Creadores de letras. Ha publicado en la revista digital Rigor Mortis su cuento «La sombra de la muerte» y en la revista *Inéditos* con un cuento titulado «El club de la noche».

EL ROSTRO DE DIOS

Damián Neri

Emilio (41, programador. Viaja en tren con su padre muerto, dentro de un modesto féretro sobre una base con ruedas. Algunas personas dormitan en los asientos aledaños. Afuera es de noche, y todas las cortinas del tren permanecen cerradas. Escuchamos la voz superpuesta de Emilio).

Puedes tapar el Sol con un dedo; para tapar a Dios, necesitas la mano entera.

El rostro de Dios nos observa desde lo alto. Cubre un área en el cielo doce veces mayor que la de la Luna y crece cada vez más conforme se acerca a nosotros.

Mi padre murió anoche, en medio de una tormenta. Ha estado nublado por días, así que decidí viajar con él para que pueda ver el rostro del Creador una vez más antes de sepultarlo.

Su faz refulge con el calor residual de su consciencia apagada, y podemos ver sus brazos cruzados sobre el pecho que irradia con debilidad. O eso es lo que he visto en fotografías. Aquí en el tren, como en nuestras casas durante la noche, mantenemos las cortinas cerradas, pues mirar a Dios está reservado sólo para quienes parten de este mundo.

*

Armando (53, astronauta. Camina sobre el puente de abordaje hacia la nave espacial. Las cámaras enfocan la cruz cristiana en su brazo izquierdo, que reemplaza la bandera de su país. Escuchamos su voz superpuesta de la conferencia de prensa previa).

La última voluntad del Padre fue mostrarse ante la Humanidad. Ignoren los medios amarillistas que dicen que el cuerpo completo de Dios chocará contra la Tierra. Sabemos que pasará

de largo tras acercarse a trescientos kilómetros de la superficie, apenas un vigésimo del diámetro terrestre. El objetivo de esta misión es estudiarlo y evitar más impactos de los fragmentos que se desprenden de Él.

Esta es la primera nave tripulada en ir a su encuentro, en el punto más cercano de su órbita hiperbólica. Las muestras recolectadas por las misiones robóticas anteriores han dejado claro que, en verdad, nos encontramos frente al Creador. Su rostro es humano, aunque sólo lo hemos mirado en contadas ocasiones, la mayoría en forma de mapas topográficos tridimensionales para familiarizarnos con el terreno en el que descenderemos.

Esta mañana estudiamos su rostro sereno, sus ojos cerrados, las plumas chamuscadas por la radiación cósmica sobre sus brazos y espalda. Aunque algunos piensen que su presencia es un engaño de Lucifer, en mi alma no cabe la duda. En verdad somos carne de su carne.

*

Mariana (32, bióloga. Bucea sobre el pulgar desprendido del pie derecho del Creador, de cuatrocientos metros de largo, que rebosa de vida en su cráter en el lecho marino, a diez kilómetros frente a las costas de Coatzacoalcos, Veracruz. Mientras bucea, se escucha la voz superpuesta de Mariana).

Cuando el pulgar impactó la Tierra, mi hogar, en Paraíso, Tabasco, quedó bajo las aguas. Mi familia murió durante la inundación. Algunos dicen que Él así lo quiso, pero ¿quién tiene realmente control sobre su cuerpo después de morir? Quizás incluso Dios no pudo preverlo.

(La imagen cambia a una vista aérea, donde se observa una región luminosa a causa del brillo del pulgar, bajo la pequeña embarcación de Mariana, junto a los botes de la patrulla naval que vigilan la zona. La imagen regresa a ella, rodeada de peces,

tortugas, pequeños crustáceos, y partículas suspendidas que se desprenden del dedo).

El pulgar ha cambiado más que la topografía del fondo marino o el flujo de turistas a una zona sin playas llamativas. Si miramos los peces con detalle, encontramos en ellos más colores que los característicos de sus especies y muestran evidencias de evolución acelerada. Parecen más vivos en las cercanías del dedo. Su dieta ahora consiste en la piel y la uña del Creador.

(Mariana corta una sección del interior de un vaso sanguíneo donde cabe su brazo, del lado donde se desprendió el dedo. Los pequeños peces recorren el sistema de carreteras formado por los vasos sanguíneos, alimentándose de su carne y su sangre coagulada).

*

Armando (Enfundado en un traje espacial, desciende del módulo de aterrizaje, junto a sus cuatro colegas, sobre la frente divina, en una meseta de doscientos metros entre las colinas espinosas de sus cejas. Desde su perspectiva, sólo se observan las pestañas y la enorme nariz. Los astronautas rezan en sus respectivas lenguas, los parches en sus brazos muestran los símbolos de las principales ideologías religiosas de la Tierra: cristianismo, islam, hinduismo, budismo y un parche blanco que representa ateísmo. Un rover del tamaño de una furgoneta se desacopla del módulo de aterrizaje y avanza sobre sus ruedas cubiertas de picos. Se escucha la voz de Armando durante la conferencia de prensa previa a la misión).

Dios tiene una altura de catorce kilómetros por cuatro de ancho, tres veces más grande que el cometa 67P/Churyumov-Gerasimenko, donde por primera vez pusimos a prueba nuestra capacidad para aterrizar en un cuerpo de dimensiones, masa y velocidad similares.

Con cada paso que demos, el sistema de púas y arpones de nuestras botas lacerará levemente su carne, pues la escasa

gravedad de su cuerpo nos impedirá desplazarnos como en la Tierra.

Para esta primera misión, elegimos la región entre sus cejas porque allí hemos registrado la mayor cantidad de calor y neutrinos provenientes de su cerebro.

Si graficamos en el tiempo su radiación emitida y la extrapolamos, podemos estimar la fecha de su muerte: hace cuatro años y tres meses, al tiempo en que los detectores de ondas gravitacionales registraron una anomalía que asociamos con un desplazamiento casi instantáneo de materia. No podemos saber de qué parte del cosmos provino, pero su composición sugiere que habitaba en las cercanías de Sagitario A estrella, nuestro agujero negro galáctico supermasivo.

Sus plumas, vello y piel lucen chamuscados en la superficie, resultado de su exposición al vacío, que también ha preservado sus tejidos entre temperaturas cercanas al cero absoluto.

El mapeo del interior del cráneo será exhaustivo, así, los aparatos a bordo del *rover* y del módulo permitirán crear una imagen fiel de lo que hay bajo nosotros.

(La cámara de la astronauta budista se enfoca sobre Armando. A su alrededor, un flujo constante de pequeñas partículas luminosas, como una lluvia invertida, los baña a todos).

El rostro de Dios mira siempre hacia el Sol, por lo que la radiación desprende células de su piel que forman una brillante cola como la de un cometa. Así fue como los telescopios lo detectaron primero, antes de acercarse lo suficiente como para verlo a simple vista.

(A lo lejos, un segundo módulo desciende sobre el pecho del Creador, cerca de sus manos cruzadas cubiertas de plumas, delgadas e inmaculadas, cada una de un kilómetro de largo).

Después de múltiples sondas que han fotografiado su superficie a alta resolución, es hora de mapear su interior de la forma menos invasiva posible. Así, antes de taladrar, estaremos preparados para lo que encontraremos debajo.

*

(Escenas del acercamiento de Dios a la Tierra).

Taichung City, Taiwan. El ejército liberador se repliega mientras las fuerzas chinas abren fuego desde el boulevard. Una explosión detiene su marcha. Algo ha caído del cielo y no ha sido uno de sus misiles. Un segundo avión chino se desploma, seguido de drones cargados de explosivos que caen sobre los soldados que los controlaban. El rostro de Dios se asoma entre el humo de la batalla, su presencia gravitatoria hace llover satélites de telecomunicaciones. Ante la confusión, el ejército liberador abre fuego y avanza con furia sobre los invasores.

Mecca, Arabia Saudita. Sitio del impacto del dedo índice del pie derecho del Creador. El príncipe da un sorbo a su infusión preparada con los tendones del dedo divino, entre las ruinas de la gran mezquita. La masa de gente que llena la plaza se postra y reza en dirección a Dios.

Thimphu, Bután. Un monje mira el firmamento entre las montañas nubosas, preguntándose quién es ese gigante que hace llover estrellas y al que muchos se refieren como el dios único.

Estación Espacial Internacional. La comandante mira desde la cúpula hexagonal el cuerpo divino emerger sobre el horizonte. Los fragmentos de tejido desprendido de Él atraviesan la estación como micrometeoritos. Uno de ellos impacta su abdomen. En silencio, mientras se desangra, la comandante espera su encuentro con el Creador.

*

Mariana (En su laboratorio, analiza bajo el microscopio muestras del pulgar de Dios).

El dedo alberga especies desde bacterias hasta organismos similares a cangrejos, que habitan dentro de sus huesos, entre sus venas, bajo su uña. Aunque algunas son resultado de

contaminación, encontramos otras que el dedo trajo consigo y que no encajan dentro del linaje evolutivo terrestre: posibles evidencias de una segunda creación en otro lugar del cosmos. Las bases nitrogenadas presentes en Él son las mismas que conforman la vida en la Tierra, pero su composición revela una abundancia de isótopos que nos hacen inferir su origen en el centro galáctico. Algunas de las especies que llegaron con el dedo son similares a las del Paleozoico, lo que sugiere su presencia durante los comienzos de la vida en la Tierra. Su regreso parece la decisión de un viejo que en sus últimos momentos visita el hogar de su infancia que él mismo construyó.

¿Cómo sabemos que se trata de Dios y no un alien que hemos confundido con Él? Su genoma, secuenciado a partir de muestras traídas por misiones espaciales y las presentes en la Tierra, posee gran similitud con nuestro ADN no codificante. Su ausencia de genitales, cloaca o mecanismos de reproducción sugieren que era infértil. Su aspecto andrógino, más allá de ser humanoide, no coincide con ninguna de nuestras ideas de Dios, pero ¿acaso era de esperarlo?

*

Emilio (Los pasajeros del tren se muestran inquietos, un brillo inusual se cuela tras las gruesas cortinas cerradas. Un niño intenta abrir una cortina, pero su madre lo impide al darle un golpe en la mano).

Mi padre era astrónomo aficionado y me transmitió su amor por el cosmos. Cada noche miraba las estrellas con su telescopio desde la azotea. Fue él quien encontró la estela de Dios en el firmamento. Emocionados, pensamos que había descubierto un cometa.

Poco tiempo después mi padre comenzó a perder la vista. Nuestro Señor dijo a Moisés: «no puedes ver mi rostro, pues nadie puede verme y vivir». La muerte de mi padre, sin embargo,

fue por causas naturales, aunque la gente insinúa que fue su castigo por atreverse a mirar al Creador. Lo menos que puedo hacer por él es permitirle mirarlo de nuevo antes de sepultarlo.

(Emilio muestra la primera plana de un diario: «El Papa lamenta el fallecimiento del primer hombre en mirar a Dios. Pide una oración por la salvación de su alma»).

Hoy hay lluvia de estrellas. A diferencia de las lluvias usuales, cuando la Tierra se adentra en la cola de polvo de un cometa, ésta se debe a las células de la piel de Dios que se encienden al entrar a la atmósfera. Sin embargo, parece haber algo más. El cielo luce más brillante que antes.

*

Armando (El rover taladra en silencio la frente divina y se detiene a los sesenta metros de profundidad, al llegar a su corteza prefrontal).

Desde que encontramos su cadáver, entendimos perfectamente cuál era nuestra misión. En toda su creación, tal vez seamos los únicos seres con la capacidad de regresarlo a la vida. Por eso, al ver que su existencia llegaba a su fin, decidió presentarse ante nosotros. Dios nos ha dado todo lo que existe, y ahora nos toca a sus hijos regresarle un poco ese favor.

(Armando da la señal y el rover enciende su inmenso generador que, entre arcos eléctricos que se desprenden de él, deja pasar una descarga hasta el cerebro del Creador).

*

Emilio (El tren se detiene en Cárdenas, Tabasco, y los pasajeros bajan, algunos cubriéndose el rostro, en llanto, rezan entre susurros o a gritos, con una mirada de terror o exaltación).

El rostro de Dios brilla tanto como el Sol, con la intensidad de una supernova cercana. En sus ojos ahora abiertos, tan

blancos, se dibujan poco a poco sus pupilas, del color de los desiertos ardientes. Su boca, semiabierta, parece a punto de hablar, aunque el vacío no pueda transmitir sus palabras. Incluso con los ojos cerrados, percibo tras mis párpados su resplandor.

Miro en el cielo las estelas de las células de su piel que arden al entrar en la atmósfera. Sus trayectorias apuntan hacia Él, a quien las personas que descienden del tren se atreven por fin a mirar. No es que puedan evitarlo, pues el Creador ha hecho de la noche un nuevo día.

(Emilio levanta la tapa del féretro y alza los párpados del rostro sereno de su padre para descubrir sus ojos. En medio de la noche, convertida en día, Emilio eleva la mirada y observa junto a su padre muerto el rostro encendido de Dios).

Damián Neri (Villahermosa, Tabasco). Es físico y analista de datos, escribe ciencia ficción y pinta con acuarela, gouache y en digital. Sus cuentos han aparecido en las revistas *Tierra Adentro*, *Penumbria*, *Espejo Humeante*, entre otras. Obtuvo mención honorífica en el xxxvii Premio Nacional de Cuento Fantástico y de Ciencia Ficción.

REMANENCIAS DE LA OSCURIDAD

Víctor Manuel Celaya Canto

Paso entre los cuartos oscuros, muy silencioso, con los pies descalzos para no asustarlos con mi ruido, no quiero que piensen que soy un fantasma, que se vayan y no regresen nunca más, otra vez. Sigo caminando, el rechinado de la madera es lo único que se escucha, como si susurrara, como si el viento al correr dentro de los cuartos hablara silenciosamente en *La Casa que viene y va*. Afuera es noche cerrada, hace mucho tiempo que se encuentra así. Camino entre el laberinto de los pasillos y llego de nuevo a la sala principal donde se encuentra el piano, silencioso, en espera de que me sienta de nuevo. Los tiempos convergen entre los espacios de esta casa. El presente y el pasado viven unidos por los pasillos de estos cuartos. Hace mucho que no los veo, pero los busco entre las sombras, es lo que me mantiene con vida. La luz de luna baña el piano, lo hace ver resplandeciente, níveo y solitario. Yo antes era pianista. ¡El mejor pianista de Rillemari! Sin querer, llevado por las oscuras nubes de la memoria, comienzo a escuchar los aplausos de las personas que me aclamaban por la maestría al tocar; puedo sentir los reflectores amarillos en mi cara, puedo llegar a sentir el mismo vigor y pasión que corrían por todo mi cuerpo en esa época. Esas luces me llevan al rostro que marcó mi vida: el rostro de Elia, mi esposa. Veo sus manos danzar en las cuerdas del violín, su arco subiendo y bajando con frenesí, haciendo vibrar el aire. Su música dejó en mí una profunda cicatriz. Aún puedo escuchar aquel concierto, la música de su violín se derramó sobre todo el escenario y el público estalló en un largo y pronunciado aplauso.

La memoria me trae el recuerdo de mis palabras nerviosas y torpes, el sabor a café, el olor a una calle húmeda, ese fue el

día que la invité a salir por primera vez. Con el tiempo creció nuestro amor. Ambos hicimos música, nuestros instrumentos vivieron como el ave y el viento, como la luz en la lámpara; creamos melodías que fueron más bien un juramento, de esa música nació mi hijo, mi niño.

Estoy en unos de los cuartos, pero él no aparece. ¿Deberé tocar de nuevo el piano? Piso por accidente algo que parece un juguete, no alcanzo a distinguirlo por la oscuridad. Oigo en uno de los cuartos su risa, camino hacia allá lo más rápido que puedo, no quiero asustarlo. La risa se vuelve más intensa, es similar a cuando lo perseguía, vuelvo a apretar el paso como si de verdad estuviera jugando con él a las escondidillas, ocultándose con su risa nerviosa, corriendo con sus pasitos de duende, yo haciendo la voz de monstruo malhumorado que a él le gustaba que hiciera, gritaba: «¿Dónde está ese niño, y por qué ha entrado a mi hogar, cuando lo encuentre me lo voy a comer», mi niño seguía corriendo, gritando de emoción, con el pañal colgando, con el sudor en su pequeña cara, abrazándome cuando lo encontraba, llenándolo de besos.

En la oscuridad encuentro su aroma, su risa rebota en mis oídos.

Llego al cuarto donde habitaba la risa, pero solamente están ahí la oscuridad y el silencio. Me sigo moviendo porque no quiero que las sombras se apoderen de mis oídos. Decido volver sobre mis pasos, la luz entra pálida y fría por las ventanas y sin querer llego de nuevo a la sala con el piano. Me siento en el banquillo. Toco una nota que suena distorsionada, desafinada, me hace recordar que un conocimiento no es para siempre; la música es una amante caprichosa. Deja a los que la han dejado, los abandona en el silencio y en el olvido. De pronto, comienzo a sentir un sabor extraño en la boca, un sabor amargo que me deja seco y sin aliento, y me hace recordar la furia que me embargó cuando me dijeron que no cabía en la orquesta, que mis manos ya no eran lo suficientemente rápidas como lo eran

antes. Puras envidias, pensé, pero en mi interior sabía que era verdad, era algo que me negaba a ver, mis articulaciones sufrían una grave enfermedad. Me negué a aceptarlo. Me fue arrebatada la música, las luces del escenario, los aplausos y los elogios, el amor en mi alma. Y yo me hundí en la miseria de mis propios pensamientos, en donde resonaba un eco de las canciones que había tocado.

Mi esposa me seguía amando, pero ya no podía percibir su amor, me volví duro y el alcohol nubló mi juicio y mis recuerdos. Toco otra tecla y la nota suena a lluvia. Trato de tocar otras notas para que se confundan con ese sonido del agua cayendo, pero la música sigue sonando, se confunden con los gritos de mi hijo en el asiento trasero del auto, él llora y me dice que pare, pero no puedo parar, he bebido demasiado y estoy enloquecido, el sonido se mezcla con la voz de mi esposa que me jala del brazo para que baje la velocidad. Suena un gran estruendo, a un gran choque, me quedo sordo. Las tinieblas terminan por envolverme.

La canción resuena entre las paredes de *La Casa que viene y va*, se queda atrapada en un eco, he dejado de tocar, pero la pieza sigue y sigue y me recuerda al funeral de ellos, a la lluvia, a mí viendo la ceremonia fúnebre desde lejos, tan lleno de vergüenza y culpa, muerto en vida. Me recuerda a las grandes caminatas que hacía sin dirección con la intención de morir en el transcurso. Debí haberme encontrado esta casa en uno de esos viajes, en un lugar recóndito, que compré a quien sabe quién. Todo para llenar ese gran vacío. Debí haber muerto yo en lugar de ellos y no estar esperando a que la oscuridad los traiga de nuevo, pero es que parecen tan reales, que anhelo tenerlos de nuevo entre mis brazos: me hundo. Las sombras se apoderan de mis oídos, siento como soy uno con la oscuridad, poco a poco me voy difuminando y la música se apaga entre acordes suaves y taciturnos, la callada noche abarca el mundo. Después, nada.

Abro los ojos.

Toco una nota que rompe la oscuridad pegada al silencio. Quizá ya he tocado esta canción antes, todo está mezclado, el tiempo para mí ha dejado de ser importante. Toco, desempolvo las teclas frías y rígidas que poco a poco ceden ante mis dedos, rompo el silencio como quien rompe un vidrio, sin darme cuenta mis dedos se van acomodando uno tras otro hasta tejer un melancólico arpegio, las notas oxidadas rebotan en las paredes de la casa y sin querer comienza a nacer un aroma dulce y tierno que me hace apretar los ojos para contener las lágrimas, es el aroma de mi niño y de mi esposa; no puedo parar de tocar esa canción desconocida que en mí emana un millar de recuerdos, recuerdos que se perdieron entre las sombras de mi interior.

Me sorprende la agilidad de mis dedos, me siento fluir con la pieza desconocida, no quiero que pare, no quiero dejar de tocar así, pues ya ha pasado mucho tiempo que no toco de esta manera; veo mis manos danzar al compás de la pieza y siento que son unas manos ajenas que se mueven en automático, las manos de un fantasma que han tomado control por sí mismas. Sin previo aviso la música se apaga, mis manos se difuminan entre la oscuridad y siento que alguien está detrás de mí, alguien me observa.

Es mi hijo que me observa con inocencia, su mirada está llena de amor. De reojo veo a mi esposa que se mete a uno de los cuartos; recorre los pasillos y me dedica una de sus mejores sonrisas. Contengo las ganas de llorar y voy por mi hijo, lo levanto en brazos, lo aprieto para que no se vaya de mí y lo beso; él ríe y grita, juega conmigo, me dice que me quiere, aún la música del piano resuena en las paredes. Corro a uno de los cuartos para ver a mi esposa, le quiero contar que he comprado esta casa porque he estado muy triste y que la tristeza me ha traído a este lugar, porque he tenido tiempo y dinero de sobra; quiero contarle que esta casa le encantaría y que afuera hay un jardín donde nuestro hijo puede salir a cazar bichos y armar

fuertes con sábanas y ramas, pero ella se vuelve a esconder. Paso entre los cuartos oscuros, muy silencioso, con los pies descalzos para no asustarlos con mi ruido, no quiero que piensen que soy un fantasma, que se vayan y no regresen nunca más, otra vez. Camino entre el laberinto de los pasillos y llego de nuevo a la sala principal donde se encuentra el piano, silencioso, en espera de que me sienta de nuevo.

Otra vez, están ahí, enfrente de mí, como un eco que no para de sonar en mi cabeza, una pieza que se encuentra rota y que me esfuerzo en vano por unir sus partes, en la oscuridad.

Víctor Manuel Celaya Canto (Ciudad de México). Estudia Creación literaria en la UACM. Ha publicado cuentos en varias las revistas literarias como: «Una familia» en la revista *Nocturnario*, «Efimere» en la revista *Página salmón* y «Hecho de tiempo» y el «Emparedado perfecto», en la revista de la *Palabrijes*.

SIMBIOSIS

Belem Eslava

Hace tiempo, su padre derribó un muro de la habitación y lo sustituyó por un ventanal de piso a techo que la deja ver el jardín. Desde entonces, su madre lucha contra la sequía constante, se empeña en preservar la vida de cada planta para que su hija pueda ver colores de vez en cuando. Un jardín florido es un evento tan inaudito, que logra romper el tedio del mundo inmóvil de Amaranta.

¿Cuándo su cuerpo se convirtió en una prisión?, no lo sabe. Quizá nació así, quizá no. A veces piensa en sí misma como una planta más, una planta semihumana, enraizada a su habitación. Para ella, el tiempo no tiene sentido, pero las huellas que dejan los años en su entorno son inconfundibles: las paredes percutidas y gastadas dibujan figuras que a veces parecen mirarla. La cama de hospital, oxidada en las partes móviles, rechina cada vez que su madre intenta ajustarla. En el cuarto se ha instalado un olor a encierro y medicamentos que la familia ya no percibe, pues se ha vuelto parte del ambiente. Los caminitos de arrugas que se marcan, profundos y oscuros, en las caras de sus padres, revelan su última capa de vitalidad. Como el caminito gris en el piso de vinilo, por el que se comienza a asomar el cemento.

Su mundo está contenido en esa habitación de dos metros cuadrados. El espacio es tan diminuto, que sus padres tropiezan todo el tiempo: contra la esquina de la cama, contra los muebles, contra ellos mismos. En ese microcosmos, todas las conversaciones se limitan a las necesidades inmediatas de Amaranta y a los esfuerzos de su madre por mantener vivo el jardín. Sus padres evitan hablar del mundo exterior, en un intento por olvidarse de lo que pasa afuera.

Amaranta pasa las horas observando a las plantas a través del ventanal. Sigue con la mirada el avance penoso de los brotes en su intento por sobrevivir en ese ambiente árido. Algunas plantas logran crecer a pesar de la sequía; otras, crecen un poco y luego caen sin remedio, muertas de sed. Su madre le habla de las formas en que las plantas alcanzan lugares lejanos sin moverse. Avanzan bajo la tierra viva, negocian con hongos y gusanos, desarrollan idiomas químicos y eléctricos. Estar quietas es parte de su esencia. Amaranta se pregunta si para su madre ella es también una planta. Una planta que jamás florecerá.

Aunque no se habla del mundo externo, la sequía y la escasez de alimentos no pueden ocultarse. De la cornisa cuelgan, agonizantes, un par de tradescantias y una mala madre, tan seca, que ha dejado de dar brotes. Desaparecen también las abejas, las mariposas, los pájaros. Ya no hay nada que ver. Las horas se vuelven eternas. La madre intenta revivir el jardín. Planta algunos cactus, pero la radiación solar es tan despiadada, que estos se tornan oscuros y quebradizos. La madre llora, se desespera, pregunta en voz alta ¿qué será de ti, hija, cuando ya no estemos? ¿Qué será de nosotros? No sé mamá, pero no importa. Le responde Amaranta en silencio, porque lo único que sale de su boca es una baba transparente, que la madre limpia con el mismo empeño que pone en reanimar a los cactus moribundos.

A veces evaden la angustia de la precariedad, viendo algún programa grabado; casi siempre documentales sobre plantas. El padre añora saber más del mundo, pero el único servicio que pueden pagar es la electricidad, todo se ha encarecido. Desde que la gasolina se volvió artículo de lujo, es casi imposible abastecerse de cosas indispensables. Las noticias y el entretenimiento ni siquiera se consideran necesarios. De cualquier modo, la información les llega, retrasada y siempre desalentadora: crisis de alimentos, nuevas enfermedades, sequía permanente. El padre pasa los días reparando mue-

bles y enseres propios y de los vecinos. Intenta no hablar con su mujer del dolor insoportable, que a veces no lo deja respirar.

Amaranta, no se cansa de mirar programas sobre la naturaleza, fascinada por la información de la pantalla, a veces se sueña planta. Imagina que en lugar de brazos tiene raíces, que se asocia con las hifas de los hongos y aprende su lenguaje químico. Se imagina abeja, hormiga. Siente sus patitas que escalan los tallos infinitos de las enredaderas. Se sabe capaz de entender el lenguaje de la vida y percibe los movimientos invisibles de las hierbas agonizantes del jardín. Reconoce el llamado de la tierra.

Los padres pasan las noches haciendo sumas y restas, en un intento fútil por estirar el dinero para poder comprar comida, medicinas y quizá un poco de agua extra para los cactus. Las matemáticas los traicionan. Los llantos de la madre, atraviesan las paredes y rompen el corazón del padre, que muere de desesperación y de hambre, una noche de invierno. Esa misma noche, o quizá la siguiente, los cactus mueren al fin, torturados por la sed y la radiación.

El hambre afecta a la madre de otra forma, vaga por la casa enfurecida, confunde a su hija con una planta enorme y frondosa, ladrona de agua. Luego la reconoce como el ser indefenso al que ha dedicado su vida y le pide perdón. Repite todo el tiempo en un susurro: ¿qué será de ti? ¿Qué será de nosotras? Luego, la indiferencia por el futuro la vence y pasa los días mirando al vacío, mientras en la televisión se repite una y otra vez, un documental sobre la vida de las plantas.

Amaranta observa, paciente, la decadencia de su mundo. El hambre es una molestia, de la que se distrae tratando de descifrar el mensaje de la tierra. No se sorprende cuando entre los cactus muertos, comienzan a brotar nuevas hierbas, plantas familiares y a la vez diferentes, parecidas a las que llaman malas, ricinos multicolores, tréboles enormes y dientes de

león gigantesco. Mutantes persistentes que han aprendido a extraer vida del calor inaguantable y hacer maravillas con un poco de agua.

Una nueva vida surge de la tierra moribunda. Le divierten las visitas, cada vez más frecuentes, de ese diente de león gigante que habita el centro del jardín y se mece de un lado a otro, casi en círculos. Sus pétalos acarician el ventanal y la luz que pasa a través de ellos, ilumina el cuarto de un amarillo tan cálido que, por momentos, la pieza se vuelve tan acogedora que su madre sonríe. Ella siente en la piel un cosquilleo eléctrico, como un impulso de movimiento. Imagina que puede extender sus miembros, como raíces o ramas y usarlos para salir del cuarto y vivir en el jardín.

A veces sueña con el diente de león, o quizá lo recuerda. Sabe que las plantas pueden hablar entre sí, que tienen su propia red de comunicaciones, hecha de raíces, de micorriza simbiótica entre plantas y hongos ¿Acaso no es ella una planta humana enraizada a una cama de hospital? ¿Acaso no puede entender el lenguaje de las plantas?

Movida por el hambre, la madre se abalanza al jardín una mañana, desesperada, intenta arrancar las nuevas plantas para comerlas, pero estas plantas han mutado para sobrevivir. Sus hojas gruesas y porosas son demasiado fuertes para las manos viejas y cansadas de la madre. Sus raíces se han vuelto indestructibles; su sabor es amargo y venenoso. La madre, siempre amante de las plantas, ahora las ataca, pero al final es el jardín el que acaba con ella. Amaranta observa, con lágrimas en los ojos, la cara quieta de su madre. Por fin descansa de sus trabajos sin sentido. Le consuela que sea la tierra que ella tanto cuidó sea su lugar de descanso.

Permanece en el mismo lugar por muchos días, de afuera le llegan ecos y lamentos, pero nadie cruza el umbral de la puerta. El diente de león que habita en el jardín ruge de vez en cuando, pero no le teme. Su aroma dulce atrae a una multitud

de mariposas gigantes de alas tornasoladas. En su danza diaria inunda el cuarto de semillas etéreas que la llaman. Amaranta percibe el avance de sus raíces, puede sentir las vibrar al ritmo de su corazón, las adivina horadando los cimientos de la casa. Las reconoce cuando rompen el piso de vinilo debajo de la cama y se enredan en sus piernas.

Experimenta gustosa la caricia húmeda de esos hilos de plata. Tiembla de un placer exquisito cuando la planta recorre su cuerpo. Entre rugidos, el diente de león pronuncia su nombre. La envuelve entre sus pétalos como un manto. Sus hojas afiladas se aferran a su piel blanda, la atraviesan. Por su cuerpo ahora fluye una combinación de sangre y savia. La planta se mece por todo el cuarto con una velocidad imposible. Envuelta en pétalos amarillos, Amaranta se eleva hasta el techo, gira en busca de agua, de sol. ¡Se mueve! ¡Vuela! Ella, que no conocía el movimiento, ahora recorre la pieza en un aleteo frenético. El cuarto se torna verde, se vuelve húmedo. Es un mundo nuevo.

Belem Eslava (Ciudad de México). Estudió ingeniería en el IPN y actualmente se dedica a promover las energías renovables. Algunos de sus textos se han publicado en antologías y medios digitales como: *El Universal* de San Luis Potosí (2019), *Antología Laboratorio de Letras II* (2020), *Espejo Humeante*, *Especulativas* y *Mood Magazine* (2022).

VUELTA AL ORIGEN

Gustavo Gargallo

Le diagnosticaron una rara enfermedad. A los pocos minutos, la noticia abarcó todo el planeta. No hubo periódico, revista o foro de internet que no hiciera alusión al acontecimiento: «Un peculiar cambio en la información genética..., el retroceso de la especie..., un experimento en la cadena evolutiva..., el preámbulo de nuestra orfandad..., vuelta al origen, viaje sin regreso». Fue el inicio de una gradual paranoia colectiva, el motivo de largas discusiones intelectuales y un tema de conversación recurrente.

Algunos científicos postulaban que era la manifestación de nuestro indiscutible origen acuático, la presencia mínima pero innegable de nuestro más lejano antepasado. Otros tantos se resignaban en creer que era la inicial prueba del destino natural del ser humano, extraviado desde que tiene consciencia de sí mismo. Concretamente, se decía que esta extraña enfermedad afecta a uno de cada nueve mil setecientos ochenta millones de habitantes.

—Estamos frente al primer caso— exponían los medios de comunicación— pero puede ser el inicio de muchos, de una nueva condición que abarque a toda la especie.

A falta de investigación, le llamaron «Amnesia discontinua severa», pero la imaginación fue trayendo palabras como: «el hombre que nace cada mañana», «el de las mil vidas», «la condición del hombre pez».

La industria farmacéutica fue la primera en percibir que se entreabría la gran puerta de las oportunidades y destinó sus recursos en investigar, experimentar y producir cantidades exorbitantes de píldoras y suplementos para fortalecer la me-

moria, mismos que las personas de inmediato compraban y consumían en porciones aún más preocupantes, no tanto por la convicción de mejorar sus capacidades cognitivas sino por el miedo a contagiarse de la enfermedad del olvido. Después, los publicistas, los banqueros y hasta los astrónomos creían vislumbrar el arreglo a tal descalabro evolutivo. Incluso hubo atletas de alto rendimiento quienes sostenían que el ejercicio físico era la mejor prevención ante la inminente muestra de amnesias y los más especializados se atrevían a decir que un deporte era mucho mejor que otro, que correr de cierta forma generaba una tormenta de sinapsis, y que el diluvio de neuronas que precede la estimulación de la corteza prefrontal, la amígdala y el hipocampo, reforzaba la memoria y prevenía la condición del hombre pez.

Hasta el día que un vetusto médico declaró tener la solución más plausible a tal enfermedad. Sucedió un lunes. Al frente del principal auditorio de la Universidad Laudable de las Américas, Luis Ascencio Osler, doctor en epidemiología y reconocido internacionalmente por haber contenido y erradicado el brote de *Sarconella colliosis* en las islas de Barlovento, afirmaba ante sus colegas, alumnos y medios de comunicación, que el espeso líquido dentro de ese pequeño frasco ámbar sobre sus manos era el remedio infalible para el olvido. Destapó el recipiente y bebió el contenido de un sorbo. Pasaron sólo unos segundos cuando se le ennegreció la vista y se le transparentó el semblante, el frasco se le fue de las manos y cayó de espaldas con los ojos en blanco como queriendo mirarse las entrañas: el doctor Ascencio había entrado en un coma profundo.

Entre la incompreensión de muchos, hubo un viejo neurocientífico que gritó desde su lugar que el doctor tenía toda la razón, pues la memoria es como un músculo que necesita de constante ejercicio, pero también es como un instrumento y si se utiliza demasiado, termina por averiarse.

—Al estar en coma, el doctor Ascencio no desgastará su memoria —dijo—, y si todo continúa así, para cuando despierte, él será el único que recordará su propio nombre.

Era el doctor Guillermo Volkov, un antiguo profesor de la universidad, miembro de una acomodada familia ucraniana y descendiente de una larga tradición familiar de médicos. Había llegado a México siendo muy niño, de la mano de su padre quien tuvo que abandonar su país de origen debido a las denuncias por evasión de impuestos y diversas irregularidades que señalaban como placebos la mayoría de los medicamentos que distribuía su empresa farmacéutica.

Mientras se encontraba en el primer año de la carrera de medicina, Guillermo Volkov se vio obligado a ingresar en un curso de regularización que compartía con el único estudiante que, al igual que él, tenía el peor promedio de la clase: Luis Ascencio Osler. Fue el inicio de una larga y benéfica amistad. A los pocos meses, cuando Guillermo cumplió la mayoría de edad, heredó las patentes de su padre y, junto con Luis Ascencio, fundó la farmacéutica Volkov-Osler. Con el poder adquisitivo que esto les trajo, y mediante grandes sobornos, pudieron graduarse con honores y especializarse en distintas ramas de la medicina. Y aún sin saber nada sobre las ciencias de la salud, consiguieron numerosos reconocimientos, varios doctorados honoris causa, una cátedra permanente en la Universidad Laudable de las Américas y un cajón de estacionamiento.

Cuando los paramédicos entraron para monitorear los signos vitales del doctor Asencio y llevarlo al hospital, los laboratoristas inspeccionaron las gotas sobrantes entre los vidrios rotos del frasco y descubrieron que se trataba de una mezcla homogénea de algunos barbitúricos. La farmacéutica Volkov-Osler se dedicó de inmediato a la elaboración y etiquetado de aquella sustancia, de modo que el mismo lunes por la noche ya estaba en todas las farmacias ese líquido que se vendía como jarabe para la tos.

La vorágine se precipitó en forma de filas aparentemente ordenadas, pero tan largas que recorrían calles enteras y conectaban distintos puntos de la ciudad. Poco a poco la impaciencia se volvió desesperación y tuvieron que habilitar pasillos de supermercados para agilizar la venta. Entonces vino el caos. Los guardias de seguridad se limitaron a mirar a través de las cámaras la marabunta que rompía los vidrios, corría, empujaba y peleaba a muerte por aquel frasco. Entre ellos, una anciana fingió un paro cardíaco como distracción para que su esposo pudiera robarlo, y sólo cuando la gente se dispersó, supieron que no estaba fingiendo. Varios helicópteros sobrevolaron todos los establecimientos y farmacias. Tuvo que intervenir el ejército lanzando gas lacrimógeno y tiros de salva; hasta que una bengala azul iluminó el cielo. A través de varios altavoces colocados estratégicamente por la misma farmacéutica unas horas antes, se anunció la entrega inmediata del fármaco a domicilio, por medio de camiones, elevando un poco el precio, pero que todos pagaron sin cuestionar. Así pusieron fin a los disturbios y las calles se vaciaron.

La ingesta fue tan rápida y progresiva. Para el martes, la mayoría de personas ya se encontraban padeciendo el sueño inducido dentro de sus camas, vistieron sus mejores ropas, cerraron sus casas con llave y pusieron sus cosas en orden. Nada más importaba.

—Algún día despertaremos —decían—, esto será como cerrar y abrir los ojos.

Tres días después, toda la ciudad estaba hundida en un largo silencio que sólo era interrumpido por las voces intermitentes de los pájaros que poco a poco anidaron en las grietas de las casas, en las ventanas de los autos y en los rincones de los edificios, poblando las horas vacías en las que no sucedía nada más que sus cantos.

Salomón Fuentes olvidaría la mañana que despertó aturdido por un inquietante sueño en el que, después de comer una manzana, podía recordar toda su vida, cada detalle desde su nacimiento, pero entonces los recuerdos se le amontonaban uno tras otro, hasta perder el control de su memoria. Confundido, llegó a pensar que algo tenía que ver ese sueño con las repentinas amnesias que estaba sufriendo desde hacía algunos meses.

Fue esa mañana que Salomón acudió a la clínica neurológica donde le hicieron un electroencefalograma para tratar de explicar su desmemoria y poder prescribirle el tratamiento adecuado.

—Una última cosa, doctor —dijo antes de abandonar el consultorio—, tuve un sueño en el que recordaba todo, ¿será algo grave?

—Para nada. No se preocupe. Vaya a su casa y guarde reposo, le llamaré en cuanto tenga los resultados.

El doctor lo intuía, pero sólo cuando miró el registro que arrojó la máquina, supo que era algo bastante grave. Nunca había visto nada parecido en sus cuarenta años de servicio médico y de inmediato envió una copia del análisis y los datos de Salomón a sus colegas neurólogos para que le ayudaran con el diagnóstico de ese nuevo trastorno; y ellos, a su vez, reenviaron la información que se multiplicó entre la comunidad científica y terminó filtrándose entre rumores de internet y noticieros. Fue entonces que el rostro de Salomón apareció en todas las pantallas y en todos los periódicos. Su nombre fue el más buscado en internet, seguido de preguntas sobre cómo evitar la pérdida de memoria. Sus datos personales, así como su dirección particular, eran ya un secreto a voces que alimentaba la histeria colectiva al grado de que sus propios vecinos y residentes cercanos terminaron por abandonar sus hogares para recluirse en hoteles y refugios diseñados contra desastres naturales.

Para cuando el doctor intentó llamar a su paciente, ya era demasiado tarde: todo el mundo sabía quién era Salomón Fuentes, excepto el mismo Salomón Fuentes, quien había olvidado todo, dentro de esa extraña habitación donde siempre había dormido.

Despertaba, cada mañana, angustiado por saberse en un lugar donde nunca había estado. Y poco a poco, hora tras hora, Salomón ganaba terreno hacia lo desconocido, descubriéndose en el mundo y conociendo el mundo que era su habitación. Andaba a tientas con la vista y observaba con las manos los objetos que lo rodeaban. Saciaba el hambre con la comida que encontraba y los insectos que veía; y la sed, con el agua del grifo. Iba interiorizando todo el conocimiento que recolectaba palmo a palmo de los distintos cuartos de su casa, razonando sin palabras y aprendiéndolo todo para olvidarlo al amanecer. Sólo cuando llegaba la tarde, se detenía en una ventana que daba al horizonte y descubría, tranquilo, la caída del sol, sin saber que el mundo estaba sumergido en un océano de sueño. Entonces contemplaba la luz que se alejaba como desprendiéndose del canto de los pájaros y pensaba en lo hermoso que era el atardecer cuando lo miraba, cada día, siempre por primera vez, desde su ventana.

Gustavo Gargallo (Morelia, Michoacán). Estudió Literatura Intercultural en la UNAM. Textos suyos han sido publicados en la antología *Aún queda la noche* (Sangre Ediciones, 2019). Fue seleccionado para la estancia literaria «Material de los sueños» (Islas Marías, 2021). Ganador del tercer lugar en el Premio Nacional al Estudiante Universitario en la categoría de poesía «José Emilio Pacheco» (2022). También se dedica a la composición musical y musicalización de poesía.

MEMORIA DE LA ALDEA LÓNG

Carmen Macedo Odilón

El amanecer coloreó la cúspide de la montaña de un tono tan anaranjado, que lucía como si un fuego fatuo amenazara con derretir la nieve de aquella cumbre desconocida para la humanidad. Sólo la impávida figura de Xiao Tà, el último sobreviviente del monasterio Huǒ-shé, no presencié aquel maravilloso espectáculo. El monje se encontraba en trance, bajo su túnica, el latir de su pecho retumbaba como si tuviera dos corazones. «¿Me escuchas, Xiao Tà?». El hombre parecía una estatua. Dentro de su mente, la voz de Zǐ lóng resonaba. «Se nos está acabando el tiempo».

De la espalda de Xiao Tà, emergió la figura de un dragón proveniente del tatuaje que le cubría la piel: la marca maldita que le recordaba su juventud y el exterminio de los curanderos de la aldea Lóng, quienes, según la leyenda, habían sido antiguos domadores de dragones. A modo de venganza, las mujeres que sobrevivieron al genocidio comenzaron un ritual contra el mercenario que duraría cuatro días y cuatro noches, con lo que le augurarían la peor de las muertes.¹

Pero Xiao Tà fue liberado a la mitad del rito debido a un oportuno golpe militar contra la ocupación china, consiguiendo que el escozor de su espalda, en una interrumpida primera fase, fuera el inicio de su redención. Al principio, Xiao Tà se sintió envenenado y creyó que el pigmento contaminaba su sangre y lo mataría por dentro. Incapaz de aguantar el dolor en público, escapó de su tierra natal, Huǒ shé, la aldea de la serpiente de

1 En el este asiático, el fonema sì (cuatro) suena parecido a sǐ (muerte). A la aversión por este número se le conoce como tetrafobia.

fuego, seguro de que, pese a su inminente muerte, les había asegurado a los suyos la supremacía tibetana.

Zǐ lóng miró a Xiao Tà, quien seguía sin romper su pose de meditación. Lo rodeó con su cuerpo escamoso y se elevó en el cielo mientras incrementaba cada vez más su tamaño. El dragón buscó con la mirada la cima de una montaña que había descubierto la última vez que salió del cuerpo del monje. «Ya han pasado mil años y aún no puedo hacerlo, el tiempo se nos está acabando, aunque hay quien cree que los dragones tenemos vida eterna», pensó.

El dragón, que alcanzaba ya los quince metros de largo, miró bajo de sí a las cabras de monte saltando entre los picos más alejados de la montaña. Zǐ lóng observaba la nieve, incapaz de derretirla como hacía el amanecer, pese a ser un dragón. Con las garras de sus zarpas empezó a rascar en las rocas congeladas buscando un brote de la mítica yerba Yào huang.² Estaba exhausto. En el cielo sólo se apreciaba una silueta que se reducía cada vez más hasta desaparecer entre las nubes que de a poco se oscurecían a lo lejos. Un minúsculo Zǐ lóng volvió a la espalda de Xiao Tà y éste rompió su momento de iluminación.

—Sé que no la encontraste, Zǐ lóng, pero no te preocupes. El que cometió aquellos pecados soy yo, el que ha pasado siglos como anacoreta soy yo, y el que te regresará el poder del fuego también seré yo.

Xiao Tà tosió suavemente, luego se dejó caer de rodillas, débil por su ancianidad. La maldición del dragón en su espalda había acabado con gran parte de su energía vital, mas el hombre ignoraba que el destino de los dos seres estaba pendiendo de un hilo.

Zǐ lóng era un cachorro de dragón, y a sus mil años, aún no había aprendido a sanar como lo hacían sus antecesores.

2 Medicina amarilla. Planta cuyas propiedades equilibran el Manipura, chakra del elemento fuego.

Estaba convencido de que, si su estirpe aún viviera, lo verían como el eslabón más defectuoso, resultado de la pérdida de misticismo en la humanidad. Lejos habían quedado los rituales de la aldea Lóng, las ceremonias de ascenso de los dragones a los montes y, más atrás, las leyendas de cómo ellos, con sólo una exhalación, podían transformar el invierno en primavera.

El dragón acababa de dejar la espalda del monje y mientras recobraba fuerza aumentaba de tamaño con la idea de no ensuciar más la gloria de sus antecesores. Atravesó la profundidad de las nubes, entre la grisácea inminencia de una tormenta. Zǐ lóng ignoró el retumbar de los truenos y las deslumbrantes centellas que iluminaban los cirros como lanzas arrojadas por el dios del sol. Una descarga eléctrica sacudió su cuerpo hasta que perdió el control de sí mismo. Desorientado, despertó en las ruinas de la lejana aldea Lóng.

—Es uno de los sanadores, la hilera de escamas moradas³ en su garra derecha lo revela, no pensé que aún pudiera existir —dijo una anciana, quien lo sostenía en sus manos hablando de cara a un fuego que distorsionaba su semblante y ajena al hecho de que en Huǒ-shé, el cuerpo inerte de Xiao Tà, había dejado de moverse.

En la aldea Lóng sólo había mujeres, tres ancianas más una adolescente y una niña que habían recibido como prófugas de un golpe de Estado. Las mayores, fantasmas en vida y guardianas ingravidas de los restos de aquellos actos cometidos por Xiao Tà, se habían negado a trascender en la eternidad para no abandonar a aquellas niñas. Una de ellas, Mei, joven como Zǐ lóng, intentó despertarlo con el aroma de la hierba Yào huang. El dragón abrió los ojos, sintió una fuerza que emergía desde

³ Zǐ en chino se traduce como morado. De ahí el nombre Dragón morado, Zǐ lóng.

su vientre, se apartó de las manos de la anciana y creció dos metros, luego se dejó caer en el suelo.

—Estás débil, necesitas descansar.

Zǐ lóng ignoró el tono y la mirada inocente de Mei: su gesto libre de arrepentimiento y dolor, y le pareció que era muy diferente a Xiao Tà y a las ancianas.

—Si te quedas aquí, volverán tus fuerzas y después podrás regresar de donde sea que hayas partido, aunque... esta es tu aldea, nosotras nos rendimos ante ti.

Las dos niñas se arrodillaron, Zǐ lóng miró los restos de la aldea Lóng y las figuras dragontinas derruidas por una batalla que le era ajena, de un ayer perteneciente al momento más oscuro de Xiao Tà. Zǐ lóng, presa del pasado y del presente, partícipe entre dos realidades coexistentes, no pudo entender por qué ese lugar casi extinto y desconocido desde su nacimiento no dejaba de brindarle una sensación de paz.

Las ancianas trajeron un pote de medicina y vaciaron en un cuenco apenas una pizca de polvo verduzco, el cual revolviéron con una hoja fresca de hierba Yào huang. Ofrecieron la mezcla a Zǐ lóng y éste creció dos metros más.

—Quédate con nosotras hasta que te recuperes, amo dragón —dijo la chica.

El estómago de Zǐ lóng ardía cuando veía a Mei, el tono servil que emanaba de sus labios también estaba impregnado de cariño, pero no podía abandonar a Xiao Tà, porque sería el fin de ambos. El dragón dejó salir un rugido desde lo más profundo de su alma y pudo ver el lanzallamas que arrojaba su garganta. Cerca de ahí, las aves huyeron como si atendieran al llamado de la extinción y el agua de un estanque cercano se separó en ondas que retumbaron como eco. La medicina era maravillosa, si la llevaba a Huǒ-shé, aún podría hacer algo también por el monje.

Zǐ lóng alargó su cuello dentro de la cabaña buscando el frasco, pero Mei se interpuso, le gritó que, si probaba más, el

efecto se terminaría. Zǐ lóng la ignoró y de un cabezazo lanzó el techo por los aires. Las ancianas le reclamaron por querer abandonar su hogar y hacerles daño, cuando por generaciones habían sido ellas y su estirpe las responsables del equilibrio entre dragones y hombres, pero Zǐ lóng creció dos metros más y abrió sus fauces.

—¡Las muertas no podemos ayudar por siempre! —gritó una de las ancianas y, en medio del fuego escupido por Zǐ lóng, desapareció con las demás junto a la medicina y lo último que quedaba de la aldea Lóng. El dragón partió, mas no con las zarpas vacías.

En Huǒ-shé, un rayo cayó sobre el cuerpo de Xiao Tà y éste dio señales de vida. A su alrededor no vio a Zǐ lóng y supuso que éste había vuelto a su espalda, se puso de pie, pero alcanzó a escuchar una débil voz que le pedía no abandonar sus meditaciones y cerró los ojos. El cielo estaba despejado y el monje volvió a su postura de concentración. En medio de la armonía con el entorno, Zǐ lóng salió del tatuaje de su espalda. «Regresé, Xiao Tà, y he traído lo que nos hacía falta, la hierba Yao huang y medicina fresca y viva».

Xiao Tà podía escuchar al dragón en su mente, mas no responder para no abandonar el estado de iluminación. Zǐ lóng alcanzó los quince metros de largo y se acomodó en el suelo, enredando la longitud de su cuerpo alrededor del monje. Alzó el hocico hacia el cielo y dejó salir tal llamarada que podía derretir la cúspide de cualquier montaña. En un suelo desconocido, Mei y su hermana no habían dejado de custodiar la hierba que el dragón contempló en las manos de la niña más grande. Zǐ lóng acercó a Mei su garra izquierda, la que no tenía escamas moradas. Su mirada era tan severa que ninguna de las niñas podía escapar de su presencia.

La más pequeña dio a Mei el cuchillo draco, para que pudiera obtener el ingrediente que faltaba. Zǐ lóng abrió las fauces de nuevo, ordenó a la niña proseguir y ésta cortó la garra, misma

que al contacto con el suelo se secó hasta convertirse en un gran terrón verduzco.

Entre lágrimas, Mei molió la hierba y el polvo mágico e hizo una cataplasma que untó en la espalda de Xiao Tà. El monje recuperó el control de su cuerpo y salió del trance. Vio las montañas más diáfanas y los árboles más verdes, incluso el resto de sus sentidos se agudizaron, como si hubiera rejuvenecido. Ante la mirada incrédula de las niñas, Zǐ lóng se elevó más allá de las nubes que se abrieron cual partidas por un relámpago. Xiao Tà se levantó y sólo pudo ver la cola de Zǐ lóng perderse en la inmensidad del cielo; le gritó con todas sus fuerzas para que regresara, mas fue inútil.

«No te sientas mal, Xiao Tà, ahora cada uno podrá ser libre».

Mei se limpió las lágrimas; la niña más pequeña estaba detrás suyo cuando observó cómo su hermana empuñaba el cuchillo draco ante Xiao Tà, responsable del genocidio de la aldea Lóng.

Carmen Macedo Odilón (Ciudad de México). Autora de *Pequeñas desaparecidas* (Ediciones Arboreto, 2022). Ha publicado en antologías de cuento y revistas como *Ágora* (Colmex), *Palabrijes* (UACM), *Acuarela humanística* (UAEMEX) y *Punto de partida* (UNAM). Colabora en *Cuentística* y en el premio IMAGINARIAS. Tiene cuentos premiados por universidades mexicanas como: UACM, UAM, UAA y UV.

QUERIDA AURORA

Xóchitl Lagunes

No creí que los médicos tuvieran razón cuando dijeron que la abuela padecía una especie de demencia senil, sobre todo porque lo único que nunca abandonó fue la disciplina con la que atendía un pequeño bosque que a lo largo de muchos años había instalado dentro de su casa. No, no es una metáfora, Aurora. En un rincón, entre un espacio que antes había servido de chimenea y el lugar en el que arrullaban al niño Dios en Navidad, al costado de la única ventana grande de toda la casa, hay un bosque. El árbol más alto debe medir unos treinta centímetros, y de ahí el resto de componentes del ecosistema miniatura se divide en estratos de distintos alcances. Son varios ahuehuetes que preparó por mucho tiempo, una especie que naturalmente no crecería en el pueblo, pero que, en ese tamaño, la abuela consiguió adaptar gracias a la conjunción de muchos elementos que a través de los años investigó y consiguió para mantenerlos vivos.

Las raíces de los pequeños árboles se sostienen con fuerza de un sustrato conformado por tierra negra, arena, agrolita y vermiculita en distintas proporciones. Supongo que esa última combinación es reciente porque la tienda de insumos agrícolas no tiene más de veinte años en Matehuala. Hay también una vasta colección de piedras de varios tamaños y formas que delimitan el espacio, y que contornean una especie de lago en miniatura del que, a su vez, beben los ahuehuetes. Y en el centro del bosque, junto al lago miniatura, hay una casita hecha de madera, pintada a mano de muchos colores, con pequeños muebles dentro, varias ventanas y una puerta. No es más grande que una pajarera. Una vez cada dos semanas, la abuela simulaba una llovizna con la que el cuerpo de agua recargaba

su nivel y las pequeñas hojas se refrescaban. También, algunas veces, la abuela llegaba con nuevas lombrices y cochinillas que hallaba al escarbar en su patio, y las dejaba hacerse caminos en el impostado subsuelo.

Puedo decirle, Aurora, que el bosque miniatura fue un proyecto que le tomó a la abuela más tiempo del que recuerdo. Cuando era niña me gustaba acercar la cara al espacio que quedaba entre los árboles —que en ese tiempo eran pocos y vivían aún en sus macetas porque el sustrato no le parecía ni fuerte ni nutritivo a la abuela—, y creí que había una especie de magia en el cambio de clima repentino que podía experimentar con un movimiento tan sencillo. Cerraba los ojos y el calor del pueblo me reseca la piel, los párpados se me hacían pegajosos y el aire me entraba caliente por la nariz; luego me aproximaba al conjunto de arbolitos y era como estar en otro lugar, con la humedad bordeando mis mejillas y el aire fresco que, sin fuerza, me limpiaba el cuerpo por dentro. El lugar que la abuela le había asignado a su bosque permitía que los árboles se bañaran del sol de la mañana y que descansaran de él por las tardes. Además, en época de frío, no había riesgo de que las hojas o las ramas se helaran, y el agua nunca les faltaba. Entiendo que ese bosque fuera la razón más poderosa que tuvo siempre la abuela para no querer irse de aquí. No se me ocurre alguna manera para trasladarlo sin perturbar alguno de sus componentes aunque sea un poco. Y no me enteré por qué se dedicó tanto a él hasta el momento en que me tocó mudarme con ella aquellos dos meses en que toda la familia creyó que de verdad la abuela necesitaba que alguien la cuidara.

¿Lo creería, Aurora? Usted, que de seguro la conoció mejor que todos nosotros aunque no la vio en más de cuarenta años, ¿hubiera creído que ella necesitaba que la cuidaran? Sé que estará de acuerdo conmigo. Susana, la abuela, tenía la fuerza suficiente para levantarse a ordeñar las cabras en la madrugada y cuajar el queso para toda la semana; traer la panza de res en

su canasta, dedicar una tarde completa a lavarla y preparar el menudo para los siguientes dos días; moler el maíz en el metate y hacer la masa para las tortillas. Y después de todo eso, de acarrear agua del pozo y lavar una pila de trastes mil veces usados y preparar la ropa del marido y de los hijos —porque sólo tuvo hijos hombres— y de dejarles limpio a las gallinas y a las cabras y la casa; ya casi entrada la noche, después de todo eso, se sentaba junto a la ventana, con sus pinzas para podar y su alambre y sus macetas de barro que también decoraba a mano, y sus pequeños ahuehetes formados uno tras otro, y los atendía. Espulgaba las raíces como si fueran una maraña de cabello, seleccionaba y cortaba; retiraba piedras o cúmulos de tierra endurecidos por el tiempo y la humedad; tensaba el alambre para obligar a que las ramas crecieran en la forma que ella quería; renovaba el sustrato, colocaba en las macetas y dejaba descansar. Tras algunas semanas repetía. Trabajar esos árboles le tomó varios años de mi infancia y todos los que no la visité. A usted, Aurora, seguro no le sorprende que Susana fuera la única persona en el pueblo que supiera hacer bonsái un árbol. Mucho tiempo, cuando mi abuelo se quedó sin trabajo porque las vetas en la mina se acabaron, los dos se sostuvieron de los árboles bonsái de la abuela. Ella los ponía bonitos en sus macetas y él se los llevaba en una carretilla al Real. La gente los pagaba bien; aunque regatearan, mi abuelo no le bajaba un peso. Luego él murió y los hijos se hicieron cargo de la manutención de Susana. Entre nueve hijos, veintiséis nietos y catorce bisnietos sólo yo me ofrecí a cuidarla cuando hablaron de la demencia senil. Quizá por eso la abuela terminó por contarme a mí toda la historia.

Nunca creí que en verdad estuviera enferma. Era capaz de dictarme de memoria las recetas del asado de bodas, la masa para las enchiladas potosinas, el guiso de los cabuches para hacer gorditas y cualquier otro platillo de los que preparaba cuando yo era niña. También podía decirme la edad de cualquiera de

sus árboles. Decía que si una se quedaba en silencio y ponía mucha atención, en cualquier momento iba a escuchar a los pájaros que habitaban su bosque. Usted, Aurora, de seguro se pregunta cómo es eso posible. Yo también me lo pregunté, y por mucho tiempo intenté escuchar. La abuela se callaba un momento y cerraba los ojos, señalaba el aire sobre su cabeza y sonreía. Decía: «El bosque te habla». Pero aunque yo hacía todo lo posible, nunca oí lo mismo que ella. «No escuchas con los oídos, hija, sino con todo el cuerpo». Yo volvía a obedecerla, cerraba los ojos y me quedaba quieta, pero seguía sin oír. Una tarde me llamó junto a la ventana y me dio un árbol que estaba en proceso. Me hizo retirar toda la tierra de las raíces, ablandarlas y limpiarlas. Me señaló cuáles debía empezar a cortar por ser las más gruesas y largas y cuáles cuidar para que permitieran al árbol seguir alimentándose. Me enseñó a doblar el alambre y a conocer la resistencia de las ramas y del tallo para detenerme a tiempo y no quebrarlos. Luego me enseñó a esperar, a sentarme junto a ella bajo el rayo de sol, a observar el bosque en su lento crecimiento, a esperar que el bosque me hablara.

Entonces, con los ojos cerrados, la abuela me contó todo, Aurora: ambas aprendieron juntas a cuidar el primer bonsái que usted recibió como regalo; que juntas se robaban libros de la biblioteca del Real; que las dos pensaron en hacer tantos árboles bonsái que pudieran tener uno de cada especie del mundo; que en uno de sus viajes al Real se besaron por primera vez, y que se escondían en los callejones para poder acariciarse antes de volver al pueblo. Que supieron que esas cosas la gente del pueblo no las entiende, y por eso a usted la mandaron a estudiar el bachillerato con sus tíos de México; que mantuvieron sus intenciones de quererse tanto tiempo que se buscaban cada vez que usted vino de visita en las vacaciones de fin de año. Que eventualmente conoció a alguien con quien a la larga se casó y formó una familia; que la abuela hizo lo mismo, pero ni eso

pudo matar lo que sentía por usted; que se mantuvieron en contacto por correo desde entonces; que la abuela creó todo ese pequeño bosque de ahuehuetes pensando en que, si usted venía, así como ella escuchaba a los pájaros cantar, también podría hacerlo usted; quizá cortando las raíces correctas de cada una podrían hacerse pequeñas también y vivir en la casita que ella construyó junto al pequeño lago que se recargaba con esa llovizna que caía cada dos semanas.

Aurora, yo le escribo esta carta no para contarle cosas sobre la abuela, que seguro usted sabe de ella mucho más de lo que sabemos todos nosotros. De ninguna manera podría dirigirme a usted por primera vez sólo para llevarle la noticia de que ella murió a los setenta y dos años. Yo sólo quiero decirle que ella nos dejó, a nosotros, a su familia, pero a usted no hubiera podido dejarla. Me gustaría invitarla a los rezos que haremos en su honor, o a la misa que pediremos en la capilla del Sagrado Corazón cuando se cumpla un mes de su partida, pero imagino que usted se cree lo de su muerte menos que yo. Me ha pasado que me siento junto a la ventana a espulgar las raíces del bonsái que tengo en proceso y me baña el rayo de sol de la mañana, cierro los ojos un momento y pongo atención. Y es cuando por fin lo escucho, no sólo con los oídos sino con todo el cuerpo. El bosque me habla, a través de las hojas que crecen y los troncos que dentro de sus dimensiones purifican el aire de la casa, las lombrices y cochinillas cavan túneles que las raíces siguen para afianzarse más, el agua se consume despacio para permitir que el ecosistema se alimente, los pájaros se juntan para lanzar un canto bien sincronizado... Los pájaros. Hay pequeños pájaros que habitan el bosque. Además hay una pequeña luz que se enciende un rato por las noches e ilumina el interior de la casita. Luego se apaga y alguien duerme. Escucho que alguien duerme. ¿No cree, Aurora, que es la abuela quien la espera? Porque el bosque lo hizo para usted, ella me lo dijo. Y la casita. Y hasta los pájaros son para usted, Aurora. Porque la abuela

no murió, aunque toda la familia diga que está enterrada en el panteón municipal, ella no murió, porque el único lugar al que hubiera podido ir es a su bosque.

Le escribo esta carta, Aurora, y note que nunca me he referido a Susana como mi abuela, porque más que de cualquiera de sus hijos o sus nietos o bisnietos, Susana era suya, Aurora, tanto que si usted decide venir yo sabré cortar las raíces correctas para que quede pequeña y puedan estar juntas. Yo tampoco podría irme del pueblo ahora que sé que no podría llevarme el bosque. ¿Quién se haría cargo de la llovizna para abastecer el lago cada dos semanas? Porque en el bosque miniatura, un bosque que nació de ella, de sus manos para que lo habitaran ustedes dos, podrían crecer en donde todo el mundo les dijo que no.

Xóchitl Lagunes (Ciudad de México). Estudió Ingeniería Agrícola en la UNAM. Ha publicado relato, cuento, poesía y ensayo en *Cronopio*, *El Universal*, *Tierra Adentro* y *El Beisman*. Es cofundadora de la revista digital *Semillas de Sauce* y coeditora y colaboradora en *Anfibias Literarias*. Autora de *Ojos de gato* (Proyecto Literal, 2016), *Un pájaro en el ojo* (Casa Futura Ediciones, 2021) y *Aprovéchate de mí* (FCE-Tierra Adentro, 2022), obra con la que obtuvo el Premio Nacional de Novela Joven José Revueltas 2022.

ADIÓS A LAS COSAS

J. P. Medina

—Los vi morir —empezó a decir Mirla, sentada a la orilla del USS Nimitz y con los ojos puestos en el horizonte. —Ya sé lo que me vas a decir: «Mirla, sólo eran modelos a escala. Simples juguetes. Nada más que plástico, pintura y pegamento», pero si digo que los vi morir es porque así fue. Te estoy diciendo la verdad.

Irma asintió. En esos momentos le preocupaba más conservar el equilibrio para no caer por el límite del portaaviones, que poner toda su atención a lo que le contaba su amiga. Imposible saber con precisión a qué altura se encontraban. No quería ni asomarse por miedo a que el vértigo la hiciera perder el sentido y no tuviera fuerzas para sujetarse. Sin embargo, hizo lo mejor posible para concentrarse. Había llegado hasta ahí por ella. Por Mirla. Porque Mirla la necesitaba. Y, al final, Irma también la necesitaba a ella.

—Si los hubieras visto, Irma, ay, ¿por qué no te habré llamado para que los vieras? —siguió—. Un momento estaban bien, los cuatro, todos radiantes, espléndidos, bien quietecitos en su lugar mirando con la nariz hacia la cama como a papá le gustaba tenerlos, y al otro, yacían opacos, fríos y marchitos en el estante; igual que un animalito inerte y olvidado a orillas de la carretera.

»Recuerdo que me asusté tanto cuando los vi de esa manera que no dejé de tropezar con su ropa hasta que me encontré fuera de su habitación. Pensar en ellos de tal forma me recordaban a papá, ahí en su funeral, recostado en su cajón abierto y con los ojos bien cerrados, también opaco, frío, marchito; como si estuviera durmiendo y fuera un sueño muy profundo, muy

distante, del otro lado de una cerca alta y gruesa. Pero no dormía, Irma, no dormía. Estaba muerto. Muerto, te digo.

»Y salir de la pieza no me dio ningún alivio. Todo lo que había sido suyo, fuera de su recámara, había fallecido también. Sus camisas para ir al trabajo, su taza para beber café, su cepillo de dientes con la impresión de Tribilín en el mango. Cada una de sus cosas había perdido la vida irremediablemente, como si hubieran estado conectados a él por medio de sondas y ahora que estaba muerto no tenían cómo alimentarse. Era una masacre.

»Luego luego me fui a esconder a mi habitación, Irma, porque me di cuenta que yo también soy de mi padre. Soy hija de mi padre, y no quería morir con el resto de sus cosas.

Irma deslizó suavemente su mano por encima del frío metal hasta tocar la de Mirla. La sintió opaca, fría y marchita, pero no dijo nada. Quizá si la sujetaba un largo rato recuperaría el mismo calor de antes. Tenía la esperanza.

—¿Qué sucedió después? —le preguntó, cuando los sollozos de Mirla fueron apenas un murmullo.

Mirla se secó las lágrimas y los mocos en las mangas de su uniforme escolar y sonrió.

—Una tía quedó de pasar por mí esa misma tarde. Apenas la oí llegar salí corriendo antes de que siquiera apagara el motor del coche; no quería que entrara y viera el reguero de cuerpos por toda la casa —inhaló y exhaló con mucha fuerza. —Un par de días después volví muy temprano en la mañana para recoger mis cosas antes de ir a clases. La noche anterior mi tía se había ofrecido a llevarme a la escuela, pero no me sentía muy bien como para conversar y era lo único que ella quería en esos momentos. Me fui temprano también para buscar unos papeles importantes que le hacían falta a mi tía para el tutelaje y que no sabía dónde habían quedado. Ay, Irma, cómo desearía no haberlo hecho.

»Lo primero que me golpeó nada más entrar al recibidor fue un hedor tan pesado y denso que parecía venir de cada una de

las habitaciones. La peste era tan aguda que podía sentir como entraba por mi nariz y, de alguna forma aun con el cubrebocas puesto, viajaba hasta la boca de mi estómago. Corrí enseguida a abrir todas las puerta y todas las ventanas posibles para que el olor se escapara. Necesitaba unos minutos nada más. Tan sólo el tiempo suficiente para hacer lo que había venido a hacer y sanseacabó.

»Cuando estar adentro fue un poco más tolerable me encontré finalmente con la raíz de aquel tufo: plastas y plastas de hueso, carne y pelo postradas alrededor de toda la casa. Plastas grandes, enormes, Irma; y plastas pequeñas, del tamaño de una canica. Plastas aún húmedas, segregando un líquido oscuro y viscoso; y otras más bien secas, como si pudieran deshacerse con sólo tocarlas. Y todas, todas y cada una de ellas, descansaban en el lugar donde algo de mi padre había existido antes.

Mirla se estremeció. Temblaba como una hoja de árbol a merced del viento. Irma tenía la certeza que, de soltar su mano, saldría volando por todo lo largo de la eslora, más allá de la borda, hasta desaparecer dentro de la inmensidad del cielo raso.

—No sabía qué hacer —dijo a continuación—. Por un segundo mi mente se puso en blanco y mi cuerpo reaccionó en automático —se miró las manos como si le parecieran ajenas a ella, luego abrazó su propio cuerpo—. Podía haber vuelto con mi tía en ese momento, incluso no me habría costado mucho llegar hasta tu casa, Irma. Sabía, por supuesto, que tu mamá ya estaría levantada a esas horas, pero por alguna extraña razón decidí que era mejor ir directamente a la escuela, aun cuando afuera seguía oscuro.

»Salté la barda por el lado oeste, pues aún faltaba un rato antes de que abrieran, y me fui derechito hasta los baños de mujeres del segundo piso. Luego abrí uno de los cubículos y me senté sobre el inodoro con la tapa abajo. El corazón me latía a mil por hora. Pensé que la señora de la limpieza estaría buscándome después de todo el ruido que hice al llegar, así

que subí las piernas para que no se vieran mis pies desde abajo, pero no fue necesario. El lugar estaba desierto.

»Traté de aguzar el oído: nada. Ni pisadas, ni ladridos de perros, ni siquiera el ruido de los coches cruzando por la avenida a unas cuadras de ahí. Me sentí dentro de una cámara insonorizada, lo cual no tenía ningún sentido.

»Tras calmarme salí de mi escondite, me lavé el rostro y las manos en el lavabo; y me dirigí a la salida. Un replandor blanco me cegó al abrir la puerta. Pensé de inmediato que debía tratarse de la señora de la limpieza apuntándome con una linterna, pero estaba equivocada. Cuando mis ojos se acostumbraron a la luz me vi aquí, rodeada de nubes, completamente sola.

Ambas miraron hacia arriba. Los rayos del sol atravesaban los cirros como cuchillos filosos sobre hogazas de pan, pero la luz cálida que llegaba hasta ellas era en realidad amable y reconfortante. Aunque vestían apenas con sus uniformes de la secundaria no sentían mucho calor ni mucho frío. Mirla le comentó que en ese lugar, además, nunca se hacía de noche, tampoco daba sueño ni entraba hambre. Y aunque la brisa soplaba de tanto en tanto jamás vieron algo arrastrado por ella. Ni papalotes, ni globos, ni siquiera un pajarillo perdido.

—Es como un mundo en pausa —le había dicho.

A Irma le parecía como si no quedara nada de la Mirla que se había hecho su amiga un par de años atrás, cuando empezaron a cursar la secundaria. Tampoco de la Mirla que, semanas atrás, había visto completamente devastada durante el funeral de su padre. Era una persona distinta, muy distinta. Pensó, sin embargo, que estaba incompleta. Como si algo se hubiera escapado de su cuerpo, al que tanto le costaba aceptar, y se rehusara a volver.

Irma decidió mirar hacia otro lado. La torre de control, justo detrás de ellas, se levantaba solitaria en aquella plataforma vacía. Las banderas blancas que alguien había atado a la antena ondeaban con el viento sin demasiada fuerza, como si fuera una

pereza moverse. Irma había llegado hasta ahí atravesando la puerta de la cabina de comunicaciones, pero al intentar volver le había sido imposible hacerlo.

—Tenemos que volver a casa, Mirla —dijo al fin.

Mirla no respondió. Miraba al abismo como esperando que la superficie, allá abajo, le diera una razón para regresar. Pero el mar de nubes era denso e impenetrable. Mirla no se podía explicar cómo es que algo tan liviano como lo eran aquellas formaciones de agua pudieran bloquear con tanta facilidad un mundo bajo toda su blanquitud.

—Leí tu mensaje —siguió Irma—. ¿Sabes qué?, nunca dejé de buscarte en estos dos meses. En tu casa, en el camino junto a las vías del tren, en la plaza a la que solíamos ir después de clases... Pregunté y pregunté pero nadie recordaba haberte visto en aquellos lugares —suspiró—. Una mañana pasé al baño del segundo piso de la escuela y encontré el mensaje que habías anotado en la pared. Quería hacerte saber que yo estaba ahí para ayudarte, pero no sabía cómo, así que sólo escribí debajo. Cuando salí del baño ya estaba aquí, contigo, finalmente.

Gruesas lágrimas cayeron del rostro de Mirla hasta estrellarse contra su blusa. Apretaba los puños sobre la falda, arrugando la prenda con violencia. Irma entendió que aún no había llorado todo lo que debía llorarle a su padre y que aún le faltaba mucho más antes de poder sobreponerse. Pero no quería dejarla sola.

—No quiero irme —dijo Mirla entre sollozos—. No quiero, no quiero —terqueó moviendo la cabeza de un lado al otro—. En este lugar las cosas nunca mueren. Se quedan tal y como están, para siempre. Aquí nada se pudre, nada hiede, nada se convierte al final en una plasta de carne, pelo y hueso arrumbada en algún lugar de la casa. Si vuelvo moriré junto con ellas, porque yo soy hija de mi padre. Soy hija de mi padre.

Irma abrazó su cuerpo temeroso. El doloso berrido resonó a través de la plataforma, dentro de la cabina de comunicaciones,

alrededor de aquellos t́muloS nebulosoS, hasta perderse en la distancia.

De repente, una sombra cruzó la eslora a toda velocidad. Las dos chicas, sorprendidas, miraron arriba para buscar la fuente. Una sombra más voló en la otra direcci3n. Luego una más. Luego otra.

—¡Ahí!

Mirla entornó los ojos y le dio forma a aquel objeto en las alturas. También a los que volaban al otro lado de aquel espacio aéreo. Los reconoció enseguida: eran viejos amigos a los que no había visto en mucho tiempo pero que era difícil olvidarlos.

Irma también estaba familiarizada con ellos. Con los cuatro, en realidad. Los recordaba así: alineados, radiantes, espléndidos, con la nariz mirando hacia la cama de aquel buen hombre que dedicó su vida entera a que nunca le faltara algo a su hija.

Los cuatro aviones de combate hicieron acrobacias en el aire, uno detrás del otro, dibujando en el proceso figuras en el cielo. Atravesaban las plumas blancas y desdibujadas de las nubes que acariciaban con ternura el calado del barco. Mirla los seguía con la mirada con la misma ilusi3n de un niño que ve por primera vez un truco de magia.

Se levantaron y caminaron de un lado al otro de la plataforma de metal para apreciar mejor las proezas. Irma apuntaba, con una gran sonrisa en sus labios, y Mirla asentía. Era una deslumbrante muestra de pericia y astucia; un espectáculo diseñado sólo para esos ojos joviales, inocentes, todavía puros de corazón

Al cabo de un rato los aviones ascendieron haciendo giros en el aire más allá de sus cabezas. Se hicieron cada vez más pequeños, más brillantes, hasta que se perdieron en el turquesa más allá de la mes3sfera. Cuando se dieron cuenta, Mirla e Irma se encontraban de pie frente al vacío. Irma, que hacía un rato había intentado evadir la idea de saltar, ahora estaba segura

que era lo único que podía sacarlas de ahí. Tomó firmemente la mano de su amiga.

—¿Estás lista?

Mirla asintió con una sonrisa tímida. Luego pensó en el mensaje que había escrito en la pared del baño y que estaba dirigido a su padre: «Te extraño mucho». Irma había encontrado su mensaje, y aunque sabía que no estaba dirigido a ella, aun así le había escrito una respuesta debajo. Un mensaje sencillo pero igual de próximo: «Y yo a ti, Mirla».

Había mucho aire entre las dos, eso solían decirles. Mirla había crecido mucho más que todas sus compañeras, e Irma más bien todo lo contrario. Algunos compañeros se burlaban de las dos por esta discrepancia. Les parecía cómico, casi caricaturizado. Pero Irma se había impuesto ante el chismorreo ajeno y había defendido a su amiga. Siempre. Todo el tiempo. Sin importar nada.

—Gracias, Irma —le respondió con las mejillas encendidas. Luego, simplemente, se dejaron caer.

*

—Pero, ¿no se enojará tu mamá por no avisar antes?

—No, a ella le gusta tenerte en la casa, sobre todo después de lo que pasó —contestó Irma entre risas—. Dice que eres una buena influencia para mí. Además ya le envié un mensaje a tu tía, para que no se preocupe. No queremos que se repita lo de hace unas semanas ¿verdad?

—Pero no traje mi pijama ni mi cepillo de dientes.

—No te preocupes, mi hermana puede prestarte algo de ropa para dormir, tienen más o menos la misma estatura. También guardo un cepillo de dientes nuevo en el botiquín del baño para estas emergencias —contestó, luego se detuvo en seco—. Son sólo cosas, Mirla.

Mirla sonrió con suavidad y desvió la mirada al piso.

—Sí, son sólo cosas.

Irma tomó su mano y siguieron caminando juntas a través de las vías del tren. Muy pronto anochecería.

J. P. Medina (Guadalajara, Jalisco). Tapatío de corazón y poblano por costumbre, desde temprana edad encontró fascinación y asombro dentro de la ficción, a la que ha devorado sin medida en todos sus formatos. Autor del libro *Postales del más allá*. Escribe, al final, para conectar con la gente. Para llenarnos juntos de asombro. Para llenar esos huecos que nos van quedando cuando abandonamos sitios, cuando se acaba el mundo, cuando decimos adiós a las cosas.

CIERRE

Shirley Jackson escribió que ningún organismo vivo puede mantenerse cuerdo por mucho tiempo en condiciones de realidad absoluta. Necesitamos fantasía.

Quienes escriben este libro lo han roto todo, han sumado al desastre que rompe la realidad y la han convertido en un mejor lugar. En los últimos años, lo fantástico ha irrumpido en el mundo literario con una fuerza sin precedentes. Será porque la realidad ya no es suficiente, necesitamos un refugio que nos haga olvidar la simpleza de los días, del caos innecesario de existir en un mundo lleno de obligaciones, deudas y responsabilidades.

Las historias de este volumen de *Liminales* son una batalla ganada contra la realidad, cada una de ellas nos abre la puerta a un mundo nuevo, extraño y desconocido que recrea situaciones reales y las colorea de los códigos del mundo fantástico. Esta es la nueva literatura, aquella que desde el riesgo promueve la imaginación y cuestiona el mundo que conocemos, aquella que dibuja futuros precisos, casi reales que, paradójicamente, nos hacen volver al pasado de otra manera.

De ahí que estas historias encarnan la liminalidad del presente, la borradura de las fronteras que los escritores y escritoras mexicanas están promoviendo al enmarcar sus historias en los géneros especulativos.

Agradecemos a las mentes detrás de cada historia de esta antología y celebramos a nuestros lectores por ayudar a la difusión de este proyecto editorial que combate contra la simpleza, el dolor y la confusión del mundo real, seguros de que, por suerte, aún nos queda la escritura.

Enid Carrillo

ÍNDICE

- 7** Apertura
- 9** Número desconocido
- 17** ¿Podemos pedir más soda?
- 25** El cielo estrellado
- 31** Supervillanos de oficina
- 39** La gran nada
- 43** Los resultados pueden variar
- 51** Las ruinas
- 55** Diosas del fuego
- 61** Nostalgia programada
- 67** La ciudad deshabitada
- 73** Borrar los nombres
- 79** Mi madre, la loca
- 87** El rostro de Dios
- 95** Remanencias de la oscuridad
- 101** Simbiosis
- 107** Vuelta al origen
- 113** Memoria de la aldea Lóng
- 119** Querida Aurora
- 125** Adiós a las cosas
- 133** Cierre

El equipo editorial de Casa Futura y las autoras y autores que participaron en esta compilación, te agradecemos que hayas adquirido este libro. Si disfrutaste *Liminales II*, te invitamos a recomendar y a compartir estas historias, que ya te pertenecen.



Liminales II. Antología de cuento fantástico, terror y ciencia ficción se terminó de imprimir y encuadernar en abril de 2023, en los talleres de Litográfica Ingramex s.a de c.v., Centeno 162-1, Iztapalapa, Ciudad de México.